

Brigitte
EN ACCION

Lou Carrigan

El monstruo del lago Ngar

En el lago Ngar ha aparecido un monstruo. Algo así como el del lago Ness. Un monstruo que tiene intrigados y asustados a los habitantes de Mombia. También tiene intrigados a una serie de periodistas que se acercan a la orilla del lago para fotografiar al monstruo. Entre ellos, la señorita Brigitte Montfort, que pretende publicar un artículo sobre el monstruo del lago Ngar.



Lou Carrigan

El monstruo del lago Ngar

Brigitte en acción - 229

Archivo Secreto - 228

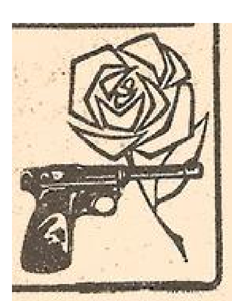
ePub r1.0

Titivillus 15.10.2017

Lou Carrigan, 1976
Diseño de portada: Benicio

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2





ARCHIVO SECRETO

Brigitte

EN ACCION



Capítulo Primero

En aquel momento había una sola gaviota volando en la porción de cielo que podían ver.

Un cielo de intenso color azul, refulgente a la dorada luz cálida que el sol esparcía en su lento trayecto hacia el Oeste. Era un calor seco, que parecía acariciar la piel y atravesarla luego lentamente, inundando sus cuerpos de vida, de bienestar… No se oía nada. Allí, en aquel lugar que parecía aislado del mundo, el silencio era completo, absoluto. Todo lo más, de cuando en cuando se oía el canto de algún pajarillo, y, en ocasiones, la suave brisa procedente del mar creaba un amable rumor al pasar entre las copas de los pinos y las colgantes ramas de los sauces.

En cuanto a la gaviota, realmente no estaba volando.

Simplemente, estaba suspendida en el cielo.

Tenía abiertas sus grandes alas, que movía apenas, y permanecía allí, casi inmóvil, de un modo asombroso, quizá a ciento cincuenta metros de altura.

Desde tierra, tendida en el césped junto a la piscina, expuesto su bellísimo cuerpo a la luz y el calor del sol, la señorita Montfort señaló, de pronto, hacia la gaviota.

—Quizá sea un agente secreto que nos esté espiando —dijo sonriendo.

Tendido a su lado, el gigante de piel tan bronceada que parecía de color marrón, simuló no haber oído. Sus negrísimos ojos, sin embargo, también estaban fijos en la gaviota. Pero no había sonrisa alguna en sus facciones pétreas, como de auténtica roca, en las cuales, la boca grande y fina, parecía una hendidura hostil, dura, en perfecta armonía con su sólida barbilla.

—Quizá —dijo después de unos segundos.

Brigitte Montfort se volvió hacia Número Uno, y se quedó mirando su bronceada piel, la bien definida línea de los finos pero

durísimos músculos del mejor espía de todos los tiempos. De pronto, adelantó una mano, y pasó un dedito a lo largo del pectoral derecho de Número Uno, que parecía de piedra.

—¡Qué guapo eres!

—No he presumido nunca de guapo.

—Pues deberías presumir —Brigitte se deslizó hasta quedar con su pecho sobre el de Número Uno, y le besó en los labios—. Deberías presumir, porque eres un hombre muy guapo.

—No me estás dando ninguna alegría.

—Oh, quiero decir que no es que seas guapo al estilo de esos bonitos muchachos que hacen películas, sino que eres… terriblemente atractivo. Pero muy antipático, claro…

Número Uno dejó de contemplar la gaviota, y clavó su mirada en los azules ojos de Brigitte Montfort. Los ojos azules más extraordinarios del mundo: los más grandes, más límpidos, más bellos, más puros… Y que, sin embargo, en muchas ocasiones, cuándo la señorita Montfort se convertía en la implacable agente Baby de la CIA, parecían convertirse en dos trozos de hielo azul.

—¿Por que soy antipático?

—Por lo menos hace diez minutos que no me has mirado.

—Siempre te estoy mirando —susurró él.

—Pues ahora mirabas esa gaviota.

—Ya me has entendido —aseguró él.

—Sí —ella volvió a besarle en la pétrea boca—. Te he entendido. Y yo también te estoy mirando siempre, con mi mente y con mi corazón. Te he entendido perfectamente. Siempre te entiendo, mi amor. Aunque no hables. Pero, a veces, me gustaría que hablases un poquito más. Sólo un poquito.

—¿De qué, por ejemplo? ¿De nuestro amor?

—¡Oh, no! —rió Brigitte dulcemente—. ¡Eso es precisamente lo que menos palabras necesita para ser expresado entre nosotros! Pero podrías hablarme, por ejemplo, de tus últimos trabajos… ¿Qué has hecho últimamente?

—He espiado por ahí.

—¡Has espiado por ahí…! —protestó ella—. Eso no es muy expresivo, la verdad. Yo tengo entendido que estás aceptando trabajos demasiado peligrosos.

—Chismorreos.

—No son chismorreos: me lo ha dicho una persona en cuyas informaciones siempre he tenido absoluta confianza.

—Tu amigo Fantasma es un curioso y un chivato —masculló Número Uno—. Lo menos que podría hacer, ya que recurre a ti para que hagas el trabajo que él debía haber hecho personalmente, es tener la boca cerrada, y no crearte preocupaciones.

—Santo cielo, —se pasmó Brigitte—. Mi amor, por lo menos has pronunciado cincuenta palabras seguidas. ¡Todo un récord!

—Podrías publicarlo en tu periódico: Número Uno habla demasiado.

Brigitte volvió a reír.

—¡Mi periódico…! ¡Pobre Morning News! ¡Y pobre Miky Grogan…! Hace más de dos semanas que no publica nada mío en su periódico. Y no debe tener ni idea de dónde encontrarme para que le escriba algo, cualquier artículo, lo que sea…

—Hace un tiempo que tus amigos saben muy bien dónde encontrarte —refunfuñó Uno—. En cuanto a ese Fantasma, al tal John Pearson, puedes decirle, de mi parte que le romperé la cara si alguna vez lo encuentro por aquí metiendo sus narizotas británicas en mis asuntos.

—Tienes un carácter terrible —movió la cabeza Brigitte—. ¿No te tomarías ahora una copita de champaña muy fresco?

—¿Te apetece a ti?

—La verdad es que sí.

—Iré a…

—No, no, mi amor. Yo te serviré a ti. Sigue vigilando a la gaviota-espía, mientras yo voy por el champaña.

Lo besó una vez más en la boca, ahora más largamente… Luego se incorporó, recogió el bikini de la hierba, se lo puso, y se dirigió hacia la hermosa casa que ocupaba el centro de Villa Tartaruga, el cubil de Número Uno, en Malta, en las afueras de La Valletta, muy cerca del mar. Un auténtico santuario, donde el espía más solitario del mundo descansaba en sus largos períodos de soledad. Períodos que cada vez iban siendo más cortos, en realidad, ya que, en cualquier momento, Brigitte Montfort aparecía por allí, y sin más explicaciones, se instalaba, para pasar unos días. En esta ocasión llevaba cuatro días aliviando la soledad de Número Uno. Cuatro días que para el espía de Villa Tartaruga eran, simplemente,

noventa y seis horas de felicidad ininterrumpida. De felicidad absoluta, exacta y total… Igual que para Brigitte Montfort, desde luego.

La cual, en aquel momento, ataviada únicamente con el reducidísimo bikini de color rojo, y descalza, entraba tan silenciosamente en la cocina, que *Mamma* María no se enteró de ello hasta que oyó el leve chasquido de la puerta del gran frigorífico al ser abierta. Entonces dejó de leer el periódico, y miró hacia allí, sobresaltada, exclamando:

—¡Jesús! ¡Qué susto me ha dado, *signorina*…!

—Lo siento —sonrió Brigitte—. Sólo he venido a buscar champaña, *Mamma* María. ¿Trae alguna noticia interesante el periódico?

—¡Oh, sí! ¡Ya lo creo!

Brigitte sacó la botella, y se quedó mirando amablemente a la gordísima, blanquísima, simpática y todavía frescachona y apetecible italiana que hacía años servía como ama de llaves en Villa Tartaruga. Una viuda de algo más de cuarenta y cinco años, que tenía un montón de hijos, estudiando en Roma, a expensas del *signore*, Angelo Tomasini, el dueño de la casa, al que *Mamma* María adoraba. Cosa nada sorprendente, pues, contra todas las apariencias. Número Uno era un hombre tan cortés, tan amable, tan bueno… Es decir: quien era cortés, amable y bueno era el *signore* Tomasini, no Número Uno…

—¿De veras? —Alzó las cejas la divina Brigitte—. ¿Y qué noticias interesantes son ésas?

—Muchas, muchas… ¡Pero la más interesante de todas es la del monstruo!

—¿La del monstruo? ¿Qué monstruo?

—Pues un gran monstruo, enorme, enorme, enorme, que ha sido visto en un lago de…

—Vamos, vamos, *Mamma* María —regañó cariñosamente Brigitte—, todo eso de los monstruos de lago son mentiras. Recursos periodísticos de verano, que es la época menos interesante para los periodistas. Y entonces se dedican a escribir fantasías, a falta de noticias auténticas. ¡Y por favor, no me diga que se trata del monstruo del lago Ness!

—No, no… Este vive en un lago de África, en un país llamado…

llamado —María miró el periódico—. Mombia. Sí, en Mombia, en un lago llamado Ngar, ha sido visto el monstruo. ¡Si hasta viene la fotografía en el periódico!

Brigitte quedó un instante estupefacta.

—¿La fotografía del monstruo? —exclamó después.

—Sí, sí… ¡Mírela!

Verdaderamente asombrada, y por supuesto también divertida, Brigitte dejó la botella de champaña, y tomó el periódico que le tendía el ama de llaves de Número Uno.

Y era verdad. Allá, por supuesto en primera página, estaba la fotografía del monstruo del lago Ngar, en Mombia. Ciertamente, la fotografía no era muy clara, pero sí lo suficiente para poder ver aquella cosa flotando en las quietas aguas del lago. Era como una serpiente, cuyos anillos sobresalían del agua en varios puntos Y también se le veía bastante bien la cabeza, enorme, que a Brigitte le recordó la de los hipocampos, vulgarmente conocidos por «caballitos de mar». Los ojos eran enormes, hasta el punto de que se distinguían perfectamente, el alargado hocico estaba abierto en aquel momento, mostrando una pavorosa profundidad.

Tras contemplar, cada vez más asombrada, la fotografía, Brigitte leyó el pie de la misma, que decía:

> DESCUBRIMIENTO DE UN MONSTRUO EN EL LAGO NGAR
>
> *Mombiaka, 5.*
>
> He aquí una sorprendente y oportunísima fotografía del monstruo del lago Ngar, tomada por el fotógrafo-periodista mombiakano Olingo Beze. Según este periodista, que ha sido el primer ser humano en verla y por supuesto en fotografiarla, esta especie de serpiente debe medir no menos de veinte metros de longitud, y el diámetro de su cuerpo no es menor a los treinta y cinco centímetros. (En la página 6, un completo artículo de nuestro enviado especial Mario Tbriatti).

—¡Qué monstruo tan horrible…! *Non e vero, signorina*?

—Pues sí —sonrió Brigitte—. Es un monstruo horrible, es verdad.

—Oh, pero ya veo que usted no cree en él.

—Bueno —acabó por reír Brigitte—, lo indudable es que existe la fotografía, pero…

—¡Pero si lo han visto ya muchas personas, muchas…! ¡Es cierto, *signorina*, es cierto!!

Brigitte alzó las cejas.

—¿Muchas personas han visto al monstruo? ¿De veras?

—¡Sí, sí…! Lo pone ahí, en ese artículo… ¡Han ido al lago muchas personas de todo el mundo, muchos periodistas…! ¡Todo el mundo va al lago Ngar! ¡*Santissima Madona*…! ¡yo no iría allá por nada del mundo!

—¿Y por qué no?

—*Oh, Dio mio*! ¡Ese monstruo puede salir del agua y matarlos a todos!

Brigitte volvió a reír.

—¿Ha leído ya este periódico, *Mamma*? ¿Puedo llevármelo para leer con el *signore*?

—Oh, sí… ¡Tengo que empezar a preparar la cena ahora mismo! Por cierto: ¿qué le gustaría cenar, *signorina*?

—Cualquier cosa que no me engorde —Brigitte la amenazó graciosamente con un dedito—. ¡Cada vez que vengo aquí, me marcho mucho más gorda, y la culpa es de usted!

Ahora rieron las dos, porque aquello era una mentira más colosal de lo que debía serlo el asunto del monstruo del lago Ngar: la *signorina* Brigitte jamás engordaba, comiendo lo que comiese. Desde que la conocía, *Mamma* María la había visto siempre igual: esbelta, flexible, bellísima, con aquellos ojos tan hermosos, y la piel que parecía seda hecha con oro y sol…

«¿Y por qué ella nunca engorda y yo estoy tan gorda? —reflexionó la simpática italiana—. ¡Eso no es justo!».

Mientras tanto, Brigitte llegaba junto a Número Uno. Dejó ante él la botella de Perignon 55, y las dos copas, y se sentó a su lado, buscando la página seis del periódico.

—¿No has traído guindas? —se sorprendió Uno.

—Es igual…

—¿Vas a ponerte a leer el periódico? —se sorprendió aún más el

habitualmente impasible espía:

—Bueno, es sólo una pequeña tontería… ¿Qué te parece esta fotografía?

Número Uno la miró. Luego, miró a Brigitte, con una chispa de risa en los ojos.

—Genial —dijo—: ese Olingo Beze debe ser un fotógrafo formidable.

—Eso quiere decir que consideras que está trucada.

—¿Qué otra cosa?

—Pues hay muchísimas personas que han visto al monstruo, mi amor. ¿Leemos juntos el artículo de la página seis?

—Bueno.

Número Uno descorchó la botella de champaña, llenó las dos copas, y tendió una a Brigitte, que ya había abierto el periódico por la página seis. Segundos después, tendidos el uno junto al otro, procedieron a leer el interesantísimo artículo.

Cuándo terminaron la lectura, Brigitte apartó el periódico, bebió otro sorbito de champaña, y movió la cabeza.

—Con toda seguridad; Miky debe estar irritadísimo conmigo, por no haber estado disponible para que él me enviase a Mombia.

—Esta noticia no es digna de un periodista de tu prestigio y clase —rechazó Número Uno—. Es una tontería.

—Pero hay muchas personas que han visto al monstruo. Esto es algo nuevo, mi amor. Sea o no sea cierta la existencia del monstruo, lo cierto es que la noticia existe.

—La señorita Montfort, Premio Pulitzer, no puede perder el tiempo en estas tonterías —insistió Número Uno—. De todos modos…, ¿te gustaría ir a Mombia?

—¿Vendrías conmigo? —Le miró ella, anhelante.

—Tengo un amigo allá, en Mombiaka. Se llama Jacques Mbongo. Es hijo de un nativo y una francesa… Un hombre inteligente. Sólo tiene un gran defecto: es espía.

—Oh ¡No sabía que tuvieses amigos espías! —rió Brigitte.

—Creo que dirige un pequeño departamento del servicio de espionaje mombakiano… Hace tiempo que no le veo.

—¿Y en ocasión de qué acontecimiento lo conociste?

—En uno de mis pequeños trabajos, en Istanbul.

—Viajas mucho —murmuró Brigitte.

—Pero menos que tú. Quizá sea porque soy más viejo, y ya estoy muy cansado.

—Entonces, no iremos a Mombia, abuelito.

—¿Por qué no? Me gustará ver a Jacques. Voy a ir ahora mismo a La Valletta, para enviarle un telegrama, pidiéndole que nos busque un buen alojamiento en Mombiaka, o donde él considere más adecuado para que tú puedas trabajar en algunos artículos sobre ese monstruo. Te gustará el país. Es… amplio, soleado, tranquilo… Hay mucho silencio allá. ¿O quizá ya conoces Mombia?

—No —sonrió Brigitte.

—Pero sí sabes que está en la costa oriental de África, claro. Casi en el ecuador. Sí —reflexionó Número Uno—. Es un país al que se puede ir con agrado, de veras. Y ni siquiera tenemos que molestarnos ni perder tiempo adquiriendo pasajes, pues podemos ir en mi avioneta. ¿Te parece bien?

—Me parece magnífico —susurró Brigitte.

—¿Quieres venir a La Valletta?

—No… Ayudaré a *Mamma* María a preparar la cena… Así, vigilaré los alimentos… ¿No te parece que estoy engordando?

Número Uno sonrió, y como siempre, fue como un fogonazo de luz en su rostro hermético, adusto. En el brevísimo tiempo que duraba aquella sonrisa, Brigitte Montfort veía siempre la verdadera personalidad de aquel hombre extraordinario, que años atrás había sido traicionado por sus propios jefes de la CIA en una jugada que, pese a su exquisita educación, Brigitte calificaba siempre de «repugnantemente asquerosa y puerca». No era extraño que Número Uno hubiese colocado entre él y sus semejantes la fachada impenetrable de su rostro hermético y hostil, después de aquello. Ni se le podía culpar por no confiar absolutamente en nadie de este mundo, salvo en Brigitte, por supuesto.

Pero cuando sonreía, en aquel brevísimo espacio de tiempo, Brigitte veía al hombre de gran corazón, inteligente y generoso que había tras la máscara de piedra del rostro masculina. Y ella había llegado hasta aquel corazón mucho antes, sin necesidad de ver la sonrisa, que, cuando aparecía, la hacía sentirse tan desorbitadamente feliz que casi sentía miedo.

—¿Y bien? —murmuró—. ¿Estoy engordando o no?

Número Uno le quitó la pieza superior del bikini, estuvo unos

segundos mirando, y luego frunció el ceño.

—¿Sabes que quizá tengas razón? —deslizó.

—Oh… ¡Oh…!

—De todos modos —Número Uno la abrazó de pronto, incrustándola contra su pecho—, todavía te falta engordar mucho para llegar a mi tipo ideal de señora gorda.

—¿Y cómo… cómo es tu tipo ideal de… señora gorda?

—Más o menos, como *Mamma* María.

Brigitte abrió la boca, asombradísima. Luego, comenzó a reír, y en aquel instante la besó él, ahogando su risa, y, con su fuerte abrazo, casi los latidos de su corazón. Brigitte se abrazó al cuello de Uno, cerró los ojos, y se dejó llevar por el sol, por el silencio, por los besos, por el amor. Por aquel amor tan profundo, tan completo, que a veces, cuando pensaba en Número Uno, le dolía el corazón, y sentía en todo su cuerpo un intenso calor, que subía lentamente hacia su rostro, hasta sus labios.

Diez minutos más tarde, Número Uno se puso en pie, y se dirigió hacia la casa. Brigitte quedó tendida en el césped, con los ojos cerrados, inundada de sol y de felicidad. Otros diez minutos más tarde, oyó el zumbido del motor del coche, en el garaje, y pocos segundos más tarde, el roce de los neumáticos en el sendero de piedras con césped entremedio. Sólo entonces abrió los ojos y se volvió hacia el sendero. Vio a Número Uno, al volante del coche, y le tiró un beso con los deditos. Él, simplemente, parpadeó, y siguió conduciendo hacia la salida de la villa.

Otros cinco minutos más tarde, la señorita Montfort suspiró, se puso en pie, recogió la botella, las copas y el periódico, y se dirigió hacia la casa.

—¿Es cierto que se van los dos? —preguntó María.

—Sí, *Mamma*.

—Me extraña mucho esto, pues el signare nunca se marcharía de aquí cuando usted le visita. Y puesto que de todos modos han de estar juntos…, ¿por qué marcharse?

—Vamos a ir a Mombia… A ver el monstruo.

—*Santissima Madona*! —Respingó la italiana, persignándose velozmente—. ¡No vayan allá, *signorina*!

—No nos pasará nada —aseguró Brigitte—. Nada puede ocurrimos a él y a mí, *Mamma*. Y seguramente, será interesante ver

al monstruo.

—Sí… Quizá —vaciló María—. Pero, de todos modos, me extraña que el *signore* se la lleve a usted de aquí.

—El *signore*, *Mamma*, es un zorro astuto y granuja —sonrió la divina espía.

—*Prego*? —Respingó de nuevo María.

—Se lo explicaré… Él se pasa el día temiendo el momento en que yo le diga que tengo que marcharme ya a Estados Unidos… Sabe que tendré que hacerlo, en cualquier momento, y que seguramente, me estará esperando algún trabajo más o menos importante. Si me quedo en Villa Tartaruga, incluso es posible que antes de que yo haya decidido marcharme, llegue un aviso aquí, requiriendo mi presencia en Washington o en Nueva York. ¿Y qué hace entonces el *signore*…? Pues, sencillamente, se aferra a la noticia divertidísima del monstruo del lago Ngar, me dice que Mombia es un país muy agradable, que tiene allá un amigo, que podemos ir en su avioneta. De este modo se asegura de que nadie podrá localizarme, de que estaremos más días juntos, y de que, estando con él, nada malo puede ocurrirme… mientras él conserve la vida. Como ve, *Mamma*, el *signore* no es un tonto.

—Tampoco lo es usted, *signorina* —pudo reaccionar al fin la gordísima italiana.

—Me parece que no —sonrió Brigitte—. Y además, le amo.

Capítulo II

De Malta a Mombia hay, cruzando en línea recta por encima de África hacia el Sudoeste, 3600 kilómetros. Pero Brigitte y Número Uno no cruzaron el continente africano, sino que, por razones de seguridad y de reposición de combustible, volaron bordeando la costa, efectuando tres etapas: Malta-Tánger, Tánger-Villa Cisneros, y Villa Cisneros-Mombiaka.

En definitiva, y después de recorrer cuatro mil quinientos kilómetros a una velocidad media de cuatrocientos por hora turnándose ante los mandos, llegaron al Aeropuerto Nacional de Mombiaka el día ocho de julio de mil novecientos setenta y cuatro, a las tres y media de la tarde. Saturados de sol, de cielo, de mar, de soledad plácida…; Horas y horas ellos dos solos, volando uno junto al otro…

Realmente, y aunque ninguno de los dos lo dijo, lamentaron que el viaje terminase. Pero, en fin, allí estaban.

Quien no estaba en el aeropuerto esperándolos. Tal como Uno había pensado, al enviar el telegrama desde La Valletta, era Jacques Mbongo, su amigo del servicio secreto mombiakano. Como en las demás escalas, Número Uno se encargó de todas las formalidades, y, finalmente, casi a las cuatro y media, apareció en el bar del vestíbulo, donde Brigitte le esperaba tomando un refresco.

Número Uno se sentó ante ella, y movió la cabeza.

—No lo he visto en parte alguna.

—Seguramente, ha tenido algo muy importante que hacer. O quizá ni siquiera ha recibido tu telegrama, si está fuera del país, o de la ciudad.

—Sí, claro —admitió Número Uno—. Podría ser.

—¿Has terminado de arreglarlo todo?

—Sí. Me quedo tu pasaporte, para entregarlos juntos en el hotel. En este aeropuerto no alquilan coches. Tendremos que tomar un

taxi.

—Me parece muy bien —Brigitte se quedó mirándolo fijamente —. ¿Hay algo que te preocupe?

—No… No.

Ella parpadeó, muy lentamente, y acabó por sonreír.

—Entonces, vámonos al hotel, ¿no te parece?

Poco después, estaban instalados en el taxi, de color rojo y blanco, camino de la capital de Mombia, Morabiaka, que distaba quince kilómetros del aeropuerto. El taxista era un negro enorme, calvo, de grandísimos ojos saltones y grandes dientes blanquísimos, que mostraba continuamente, en cordial y simpática sonrisa. Hablaba muy bien el francés, así que no tenía dificultad alguna en comunicarse con sus impresionantes pasajeros. Cuando Número Uno lo fue a buscar, el negro se había quedado atónito. Cuando vio a Brigitte, se quedó como alelado.

—Con toda seguridad, ustedes vienen por el monstruo del lago Ngar, ¿no es cierto?

—En efecto —asintió amablemente Brigitte—. ¿Usted lo ha visto?

—No —se lamentó el negro—. No he visto al monstruo, precisamente por culpa del monstruo.

—¿Qué quiere decir?

—Vienen tantos turistas, que me paso todo el tiempo haciendo viajes del aeropuerto a Mombiaka y de Mombiaka al aeropuerto… Y no es cuestión de perder el negocio, ahora que es bueno. Pero no me queda tiempo para ir allá.

—Claro… ¿Dónde está exactamente el lago Ngar?

—Hacia el Norte, como a cien kilómetros, muy cerca de la frontera con Zongania y Numbina, en un lugar llamado Llanura Otimbo.

—¿Hay hoteles por allí?

—No. Pero los hay en la costa, a su altura, a unos veinte kilómetros. Muy buenos hoteles, y villages:… Miran…

—Cabañas —sonrió Brigitte—. Usted quiere decir *bungalows*.

—Sí, eso es. Si van a alojarse por allí, pues estarán más cerca del lago que si permanecen en Mombiaka, vayan al hotel Kanga-Kanga, y pidan un *bungalow* del village del propio hotel. Les gustará mucho, mucho… Está cerca de la playa, hay bonitos jardines,

piscinas, tenis, golf… Muy bonito, mucho. Siempre hay muchos millonarios allí, especialmente en invierno. Casi todos europeos, y algunos americanos. Ese lugar, donde están los bonitos hoteles, se llama Nmonga, todo el mundo la conoce… ¿Alquilarán un coche?

—Sí, desde luego.

—Entonces, lo pasarán muy bien, muy bien, por aquí. Somos muy amables con los turistas, ¿verdad?

—Mucho, mucho —rió Brigitte, divertida.

El negro también rió.

—Le diré también cómo llamamos al monstruo: Okiboninga…

—¿Y qué quiere decir Okiboninga, en su idioma?

—Gran Serpiente De La Oscuridad.

—Caramba…

—Es porque ha salido de lo profundo del lago, ¿comprende? El Ngar es bastante profundo —Brigitte vio, por medio del espejo retrovisor, cómo el ceño del taxista se fruncía, perplejo—. Pero nunca han habido peces allá, ni nada. La Llanura Otimbo es casi un desierto, al que nadie iba nunca, hasta que pasó lo del monstruo. Ocupa la parte Norte del país, y grandes zonas del Sur de nuestros vecinos, Numbina y Zongania. Hay un poco de vegetación alrededor del lago, pero nada más… Es un sitio… desagradable. Mucho calor, serpientes, mosquitos… Alguna vez han visto leones por allí. No —pareció recuperar sus verdaderos pensamientos—, no hay peces en el Ngar. Y ahora, todos pensamos que es porque Okiboninga se los come todos.

—Me parece que Okiboninga es muy malo —dijo Brigitte.

El negro volvió a reír. Estaba sudando, a pesar de llevar la ventanilla abierta y la velocidad de la marcha. Ciertamente, el sol caía a plomo en Mombia, y el cielo tenía un color azul pálido, como descolorido de tanto sol. En cambio, el mar se veía de un tono intensamente azul.

—¿Les parece bien que los lleve al hotel El Onubia, en Mombiaka?

—Si es uno de los mejores, sí.

—Es el mejor. *Suites* muy grandes, muy grandes, muy hermosas, muy hermosas. Agua caliente y fría, aire acondicionado, baño completo, televisión, radio, piscina, tenis… De todo. Este país es muy grande, hay mucho sitio para todo. El hotel Kanga-Kanga de

Playa Nmonga también es así: muy bonito, muy bonito, muy confortable, muy confortable. Todo muy grande, poca gente… Mucho sitio para todos.

—Pero ahora hay muchos turistas, ¿no? Debe ser difícil encontrar alojamiento.

—Oh, no —sonrió el negro—. Muchos turistas, si, pero no para los hoteles que yo recomiendo a los pasajeros como ustedes… Los turistas, y muchos periodistas, van a otros hoteles…, diferentes.

—¿Qué clase de pasajeros le parecemos nosotros?

—No periodistas, no turistas baratos. Yo entiendo mucho de esto, sé a quién debo recomendarle El Onubia y el Kanga-Kanga. Ustedes no tendrán problemas, porque tienen mucho dinero, lo sé. Son turistas de los buenos para el país.

—Y usted es un nativo de los buenos para el país —rió la divina espía—. Deberían nombrarlo ministro de Relaciones Públicas.

El taxista todavía estaba riendo cuando llegaron delante del hotel El Onubia, cuyo aspecto no podía ser más impresionantemente moderno y elegante, rodeado de un enorme jardín en el que había también higueras, granados, tecas… El silencio era notable. Esta era una de las cosas que le gustaba a Brigitte de África, junto con las calles amplias, llenas de sol, casas de tres o cuatro pisos, máximo de, cinco. Muchas bicicletas, pocos automóviles, y gente que nunca parecía tener prisa. Maravilloso.

El hotel El Onubia tenía ocho pisos, pero se le podía perdonar, por la belleza de su línea, por el tono elegante que daba a aquella parte de Mombiaka, por sus jardines.

Los dos espías más peligrosos del mundo fueron instalados en una magnífica *suite* de dos habitaciones; saloncito, cuarto de baño, y una amplia terraza orientada hacia la costa. El día era tan claro, el aire tan transparente, que, a pesar de la distancia, desde la terraza pudieron ver el mar.

—¿Bonito? —preguntó el taxista, que se había empeñado en acompañarles, ayudando al botones a subir el equipaje—. Bonito, bonito. ¿Les gusta?

—Bonito, bonito —murmuró Brigitte, sinceramente—. Nos gusta muchísimo. ¿Verdad, mi amor?

—Sí.

Y después de expresar tan parcamente su agrado, Número Uno

tendió al botones un billete de veinte dólares, y al taxista uno de cien. El botones quedó estupefacto, pero el taxista casi se desmayó.

—Esto son cien dólares, señor:

—Sí.

—Pe… pero…

—Son como premio a haber sido usted tan simpático conmigo —sonrió Brigitte—. Quédeselos.

—*Sacre*… Bueno, el señor no habla mucho, pero también es muy simpático.

Brigitte dirigió una mirada a Número Uno, que había fruncido el ceño, y se echó a reír. Fue con los dos negros hasta la puerta de la *suite*; regresó a la terraza, y se colgó del cuello de Número Uno.

—Es un lugar exótico y silencioso —murmuró—. Gracias por traerme.

Número Uno la besó en la nariz.

—Deberíamos alquilar cuanto antes un coche —dijo—. Y si te parece, mañana mismo podríamos ir a Playa Nmonga, para alojarnos también en el Kanga-Kanga. Así podrás trabajar con comodidad, tanto en la capital como en el lago.

—Me parece formidable. —Le besó en los labios—. ¿Te ocupas tú del coche? Y también podrías llamar desde este hotel al Kanga-Kanga, reservando una cabaña para mañana.

—Bien. Voy a la conserjería.

—Puedes utilizar el teléfono de la *suite* —se sorprendió Brigitte.

—No… Prefiero bajar.

Número Uno dejó sola a Brigitte, que se dedicó a abrir las maletas de ambos. Una de cada uno, nada más.

Y por supuesto, también estaba allí su maletín rojo con florecillas azules, conteniendo su peligrosísimo arsenal de trucos para misiones de espionaje. En esta ocasión no iba a necesitarlo, por supuesto, pensó; pero tampoco tenía por qué dejarlo en Villa Tartaruga.

Colocó las cosas de ella y de Uno en el armario, se desnudó y entró en el cuarto de baño. Hacía calor, pero un buen baño tibio y una ducha fría eran adecuadísimos para combatirlo. Poco después, con la bañera llena; se metió en el agua tibia… Y cuándo estaba completamente enjabonada, oyó abrirse la puerta de la *suite*.

—¿Mi amor? —llamó.

—Sí —oyó la voz de Uno.

Éste apareció en el cuarto de baño, acercó un taburete, y se sentó, junto a la bañera. Brigitte miró sus ojos y en el acto comprendió que algo no iba bien.

—¿No hay coches disponibles? —murmuró, sabiendo que esto en modo alguno podía afectar a Número Uno.

—Sí, Todo eso está arreglado. He estado llamando también al domicilio de mi amigo Jacques Mbongo. Precisamente, el portero estaba en el apartamento, enseñándoselo a un probable nuevo inquilino.

—Ah… ¿Tu amigo se ha marchado?

—Ha muerto.

—Lo siento, mi amor. ¿Un accidente, supongo?

—Lo acribillaron a balazos delante del edificio, cuando acaba de salir de su apartamento. Hace de esto dos días.

Brigitte se quedó mirando la espuma que flotaba encima de su vientre.

—¿Vas a hacer algo? —susurró.

—No… No.

Ella lo miró de nuevo.

—Sé muy bien que tus amigos son para ti como mis Simones para mí. Eso significa que no descansarás hasta saber quién y por qué ha matado a Jacques Mbongo… Posiblemente, esperes a que yo regrese a Nueva York y entonces volverás a Mombia. ¿Por qué molestarte tanto?

—Hemos venido aquí para que tú escribas unos artículos sobre ese monstruo llamado Okiboninga.

—Alcánzame la toalla, por favor.

Los dos se pusieron en pie, ella dentro de la bañera, tras quitar el tapón del desagüe. Se duchó con agua fría, bajo la impenetrable mirada; de Número Uno, que esperaba con la toalla. La envolvió con ella cuando Brigitte lo miró, y ella se abrazó a su cuello.

—Voy a dedicar esta tarde a visitar el periódico donde apareció la noticia de la existencia del monstruo por primera vez —dijo dulcemente—. Luego, intentaré localizar al periodista-fotógrafo Olingo Beze, para charlar con él. Todo eso me llevará bastante tiempo, supongo… ¿Qué vas a hacer tú, mientras tanto?

—Está bien —aceptó él—. Gracias. ¿A las ocho en el hotel para

cenar?

—A las ocho —sonrió ella, besándole.

Eran las cinco menos diez.

* * *

A las seis y media de la tarde, el taxi se detuvo delante del número 216 de la Avenida Subango, y Brigitte se apeó, tras pagar el importe de la carrera. El taxi se alejó, y la espía se quedó mirando el edificio, con cierta desilusión. No por el aspecto del edificio, que era más bien agradable, sino porque tenía la certeza de que no iba a ser fácil localizar a Olingo Beze, el periodista-fotógrafo que se había hecho famoso en el mundo entero por su fotografía de Okiboninga, el monstruo del lago Ngar.

Había estado en el periódico de Mombiaka donde hasta entonces Beze había estado trabajando, y allá le habían dado la dirección del periodista, pero advirtiéndole ya que era poco probable que lo encontrase en su domicilio. En definitiva, hacía días que Olingo Beze no aparecía por el periódico, ni por parte alguna. Nadie sabía nada de él, había desaparecido, eso era todo.

Entró en el edificio, que era de tres pisos. Subió al segundo, y en la puerta de la derecha, vio la placa en la que se indicaba el nombre de su ocupante. O. Beze. Durante unos segundos estuvo escuchando, con una orejita pegada a la puerta, pero no oyó absolutamente nada. Optó por llamar, de todos modos. Un minuto más tarde, estaba ya convencidísima de que nadie le iba a abrir aquella puerta. Vaciló, dio un par de pasos, alejándose hacia las escaleras… Se detuvo de pronto, y se quedó mirándose los zapatos. De nuevo vaciló.

Por fin, se quitó el zapato izquierdo, deslizó el tacón hacia la punta, y apareció el pequeño y alargado hueco en el que había una ganzúa de acero. La retiró, se puso el zapato, tras colocar bien el tacón, y volvió ante la puerta, blandiendo la ganzúa.

Veinte segundos.

Transcurrido este tiempo, la cerradura giró, y Brigitte empujó la puerta, entró, cerró silenciosamente tras ella, se quitó el zapato, guardó la ganzúa, y miró hacia el fondo del corto pasillo, donde había una cortina de tela muy gruesa, con flores de vivos colores

estampada. Por el otro lado, la luz del sol en la cortina, transparentándola, dándole un aspecto muy bonito.

Se acercó, apartó la cortina, y vio entonces la pequeña sala de estar, con una amplia ventana en la que daba el sol, en aquel momento. En la sala había tres puertas Una de ellas conducía a la cocina, que pudo ver, pues la puerta estaba abierta. Las otras dos estaban cerradas.

La primera, a la derecha de Brigitte, correspondía a un pequeño cuarto de aseo, con ducha solamente, no bañera.

La segunda era el dormitorio.

Lo primero que vio fue la cama.

Luego, al bajar la mirada, vio en el suelo, entre la cama y la puerta, al hombre negro tendido en el piso como si hubiese sido aplastado. No… Triturado, más bien.

Ni siquiera un suspiro escapó de los labios de la espía internacional. Tan sólo sus párpados vibraron un instante. Eso fue todo.

Se acercó al hombre, y se inclinó sobre él. Se estremeció al ver las horrendas señales de tortura en su rostro. La ropa le había sido arrancada, se veía claramente, y en su cuerpo destacaban cortes y otras señales de violencia, por ejemplo, tenía los dedos de las dos manos aplastados, y el brazo derecho estaba retorcido de tal modo que era imposible no darse cuenta de que había sido roto… Le faltaba una oreja, que estaba en el suelo, reseca, grotesca, escalofriante…

Y en el pecho se veían las señales de tres balazos, que sin duda habían terminado con los sufrimientos del pobre Olingo Beze… ¿O no era él quien estaba allí; torturado y finalmente asesinado?

Tocó el cadáver, que estaba frío y blando. Increíblemente frío. Increíblemente blando… Es decir, no tan increíble: había cesado la rigidez *post mortem*, eso era todo. Lo cual significaba que aquel hombre llevaba muerto más de cuarenta y ocho horas. Bastantes más… Claro que, en aquel clima, los procesos de esta clase no son iguales que en climas más fríos, pero…

Brigitte se tapó la nariz, se puso en pie, y salió del dormitorio rápidamente, cerrando la puerta. Se quedó mirando a todos lados, desconcertada. Lo primero que pudo pensar, con cierto detenimiento, fue que ella y Número Uno habían hecho el viaje

para el asunto de la serpiente del lago Ngar, pero, al llegar, Número Uno se entera de que a su amigo lo han acribillado a balazos, y ella se encuentra con que su colega mombiakano, Olingo Beze, por el cual sentía un lógico interés, con vistas a una charla sincera con él, de periodista a periodista, ha sido torturado y asesinado. Indudablemente, Número Uno y Baby estaban predestinados a llevar una vida agitada, complicada, en cuanto abandonaban Villa Tartaruga.

—Está bien —se dijo Brigitte—, han asesinado a Olingo Beze. ¿Y a mí qué me importa?

Tomada esta decisión, se dirigió hacia la puerta, dispuesta a marcharse. Y entonces, otro pensamiento acudió a su mente, ¿acaso no debía tener Olingo Beze un estudio fotográfico? ¿O quizá revelaba sus fotografías en el laboratorio del periódico para el cual trabajaba?

Tras breve reflexión, la agente Baby comenzó a mirar por las paredes. Y no tardó ni diez segundos en localizar la puerta, empapelada igual que una de las paredes, por lo que antes no había reparado en ella. Se acercó y la empujó, pero la puerta no cedió. Estaba pensando en utilizar de nuevo la ganzúa cuando, por simple instinto, en lugar de seguir empujando la puerta, tiró de ella hacia sí.

La puerta se abrió.

Y allí estaba el laboratorio. Había una ventana al fondo, pero había sido cegada con unas tablas encajadas unas en otras. Claro: un cuarto oscuro.

De todos modos, no siempre se trabaja a oscuras en un laboratorio fotográfico, así que debía haber alguna luz. Vio la bombilla con pantalla en el techo, y en seguida, a su izquierda, el interruptor.

Había allí dentro algo sorprendente.

Aparte de todo el material que pueda necesitar un fotógrafo profesional, había algo sorprendente, pero no conseguía definir de qué se trataba. Durante quince o veinte segundos, estuvo mirando a todos lados, hasta que, de pronto, supo de qué se trataba: todo estaba en orden allí dentro.

Esto era lo sorprendente.

Había una delgada cuerda de plástico colgando de una a otra

pared, y muy cercana a la de la ventana. Y en la cuerda de plástico, sujetas con pinzas, había varias tiras de negativos, que una vez mirados colocándolos al trasluz de la bombilla, revelaron a Brigitte, su contenido, sin la menor duda: eran fotografías del monstruo del lago Ngar, tomadas desde diferentes ángulos y distancias. Una de ellas le pareció que era la que había visto en el periódico. Seguramente había sido considerada como la mejor por Olingo Beze, y se había reservado las demás. O quizá su jefe del periódico había querido publicar solamente una…

De todos modos, era sorprendente que los negativos continuasen allí, pues…, ¿por qué si no por algo relacionado con el monstruo del lago Ngar había atacado alguien a Olingo Beze? Y si había sido por esto…, ¿por qué se habían dejado los negativos allí colgados? Aún más; parecía que ni siquiera había entrado nadie allí, ni habían removido nada. No se habían interesado por el laboratorio. Simplemente, habían llegado, habían torturado a Olingo Beze, y le habían matado finalmente.

Muy bien: ¿por qué le habían torturado? La respuesta tenía que ser forzosamente indiscutible: porque querían que Olingo Beze les dijera algo a lo que en principio se resistió. ¿Algo sobre el monstruo del lago Ngar? No, porque no se habían interesado por los negativos, por nada del laboratorio del periodista-fotógrafo.

¿Entonces…?

Brigitte se encontró acariciándose el hoyuelo vertical de su barbilla, perpleja. Y muy intrigada. La pregunta final era: ¿se marchaba de allí, antes de que las cosas quizá se complicasen para ella…, o se interesaba por aquel asesinato, con tortura, de un colega periodístico?

Y de pronto comprendió que allí tenía una noticia periodística que habría encantado a Miky Grogan, su querido amigo y jefe en el Morning News de Nueva York: el descubridor y primer fotógrafo del monstruo Okiboninga es hallado muerto y torturado en su apartamento de Mombiaka. A partir de aquí, se podía fantasear extraordinariamente, pues no cabía duda de que el asesinato de Olingo Beze daba una nueva dimensión a la existencia de Okiboninga, dueño y señor de las aguas del lago Ngar…, en el cual nunca había habido peces.

El siguiente comportamiento de Brigitte Montfort estuvo

determinado por dos factores. Uno: su profesión de periodista en gran escala, mundialmente famosa, poseedora de un finísimo olfato para las noticias. Dos: su instinto de espía, todavía más finísimo que el de periodista.

Así pues, quién realmente entró en actividad fue la agente Baby, no la periodista *miss* Montfort, iniciando un registro perfecto, sistemático, completo, de todo el apartamento. Dejó para lo último el laboratorio, precisamente. Cuando se hubo convencido de que no había en el piso nada que le interesase, volvió allí. Ante todo, descolgó las tiras de negativos, y se las guardó en el escote. Luego, tras un examen de todo el material visible, se dedicó al fichero de Olingo Beze.

Lo primero que encontró en este fichero fue una carpeta llena de recortes de periódicos de todo el mundo. Artículos de los más famosos periodistas internacionales: Somas, de Holanda; Carleton, de Inglaterra; Luke Hammon, de Hong Kong; Valverde, de Argentina; Montfort, de Estados Unidos.

Respirando, Brigitte retiró el recorte de uno de sus artículos en la Sección Internacional del Morning News, en el que constaba su fotografía. Como en los demás, algunas frases y puntos de vista habían sido subrayados en rojo, posiblemente porque la claridad de visión y literatura de aquellos pasajes habían impresionado a Olingo Beze…, que estaba aprendiendo de los mejores. Sabia actitud.

Había más recortes y fotografías de periodistas famosos. Y también, recortes y fotografías del propio Olingo Beze… Pero, en definitiva, nada importante. Nada que aclarase nada, o que ofreciese la más pequeña pista respecto al asesinato del mombiakano.

Suspirando, Brigitte echó una mirada a su relojito de platino y brillantes, y se sobresaltó al ver la hora: ¡las ocho y media!

—Santo cielo… ¡Uno me está esperando desde las ocho! Creerá que me ha ocurrido algo…

Rápidamente, apagó la luz y salió del laboratorio. Entonces, se quedó como clavada al suelo. No veía nada… Sólo un leve resplandor rectangular frente a ella.

—Oh, Dios mío… ¡Ya es de noche! ¡No quiero ni pensar en lo que puede estar preparando Uno en estos momentos…!

Sin encender ninguna luz, caminó hacia el pasillo, apartó la

cortina, y se dirigió hacia la puerta.

Fue justo entonces cuándo su fino oído captó aquel rumor a su espalda, procedente de la cocina.

Capítulo III

Inmediatamente, se pegó a la pared del pasillo, y contuvo el aliento, prestando toda su atención auditiva hacia aquel rumor… Quizá se hubiese engañado, pero…

Pero, no.

No se había engañado. Oyó el roce de unos pies en el suelo, acercándose a la cortina. La luz se encendió en el saloncito de estar. De nuevo se oyeron aquellos roces suaves en el suelo… Tan suaves, que para oírlos había que tener un oído indiscutiblemente privilegiado…

—Olingo… —Oyó la voz contenida—. ¡Olingo!

De nuevo el roce de los pies en el suelo. Quien fuese, caminaba descalzo, desde luego.

Y de pronto, la exclamación, un fortísimo respingo de sobresalto, la voz aguda, crispada:

—¡OLINGO…!

Muy bien: el visitante había descubierto el cadáver de Olingo Beze. Un visitante muy ágil, pues para llegar a la ventana de la cocina, que daba al patio interior del edificio, sólo había podido subir por la cañería de los desagües. Sí, tenía que ser ágil, de manos muy fuertes, de poco peso…

Brigitte apartó la cortina un poco, y vio la sala de estar. A la derecha, la puerta del dormitorio, del cual salía en aquel momento el visitante, caminando de espaldas, temblando. Efectivamente, iba descalzo, y cubría su delgado cuerpo negro sólo con unos pantalones cortos de deporte, y una camisa oscura, de manga corta. Brigitte acabó de apartar la cortina, y se deslizó al saloncito de estar, quedando a espaldas del muchacho.

Sí, aquel cuerpo delgado y flexible sólo podía tenerlo un muchacho.

Y de pronto, éste se volvió, evidentemente dispuesto a echar a

correr para escapar de allí a toda prisa… Perdió un instante el equilibrio al ver a Brigitte ante él y querer detenerse. En aquel momento, Brigitte vio el bello rostro asustado del muchacho, cuyos ojos aún se abrieron más al verla a ella, mientras recuperaba el equilibrio, y, acto seguido, echaba a correr hacia la cocina.

Pero la agente Baby había previsto esto, de modo que en carrera no menos veloz que la del muchacho, convergió con él cuando aún no había llegado a la cocina, y su mano derecha lo asió por los ensortijados cabellos, que le parecieron alambres. El muchacho lanzó una exclamación, se volvió, y disparó su puño derecho hacia el rostro de Brigitte, que lo desvió con su antebrazo izquierdo, alzó una rodilla, y golpeó al muchacho en el bajo vientre.

Los ojos del negrito parecieron a punto de saltar de las órbitas. Su boca se abrió angustiosamente. Pero… ahora quiso golpear a Brigitte con el puño izquierdo. Brigitte soltó sus cabellos, detuvo también aquel golpe, pasó su brazo derecho por la cintura del muchacho y lo apretó contra su cadera derecha, que sobresalió hacia este lado; al mismo tiempo, la espía se inclinaba hacia delante, en una perfecta ejecución del movimiento *ogoshi* de judo, de modo que el muchacho pasó por encima de su cadera, y cayó de espaldas al suelo, ante ella.

Y antes de que reaccionase, Brigitte se dejó caer a su lado, bloqueando sus movimientos con el costado derecho, sujetando el brazo izquierdo del chico con su derecho, y, todo esto en una fracción de segundo, controlando el brazo derecho del desconocido con su mano izquierda, que lo apretó contra la rodilla derecha.

Inmovilización perfecta, con presa *hiza-gatame* al brazo del muchacho, que podía ser roto con una leve presión.

—Quieto… —ordenó Brigitte, en francés—. Un solo movimiento más y te rompo el brazo. ¿Me entiendes?

Debió entenderle perfectamente, porque se quedó inmóvil. Aunque quizá fue por la presión que Brigitte hizo con su mano sobre su propia rodilla, haciendo comprender al joven el grave peligro que corría su brazo.

—¿Quién eres y qué haces aquí? —preguntó Baby—. ¿Eres amigo de Olingo Beze?

El muchacho la miraba con expresión asustada, alteradísimo, jadeando. Brigitte volvió a apretar un poco el brazo, arrancándole

un gemido de dolor, provocando en él una expresión de espanto.

—Puedo romperte el brazo fácilmente, y luego matarte a golpes… —aseguró la espía, con tono seco—. Será mejor que contestes a mis preguntas, si no quieres que lo haga. ¿Quién eres?

—Nadie… —jadeó el muchacho en francés—. ¡Nadie!

La espía, controlando perfectamente la situación, se permitió una sonrisita divertida.

—Pues para ser nadie, resultas un muchacho muy atractivo e interesante. ¿Cuántos años tienes y cómo te llamas?

—Diecisiete… Me llamo Nambo…

—Muy bien, joven Nambo: ¿qué has venido a hacer aquí? ¿Qué tenías tú que ver con Olingo Beze?

—Es… era mi amigo. Hace días que le busco, y pensé que podía estar aquí, enfermo…

—¿Y por qué has entrado por la cocina? Podías haber llamado a la puerta. O comunicarte con Olingo Beze por teléfono.

—Le llamé… varias veces, pero… no contestaba… El teléfono está estropeado…

—Eso es cierto —admitió la espía, recordando el hilo del aparato, arrancado—. ¿Qué querías de Olingo Beze?

—Nada… Sólo verlo. No estaba en el lago, y vine a buscarlo.

—¿Para qué?

—Para nada… Él me lleva en su coche a veces, hacemos cosas… Fotografías, viajes…

—Ya has visto cómo está… ¿Tienes alguna idea de quién puede haber hecho eso con él?

—No… No, no.

—Estás mintiendo. No quiero engañarte, Nambo: soy una mujer muy peligrosa, podría matarte con mis manos en un segundo, y eso es lo que haré si no me dices la verdad. ¿Quién y por qué ha hecho eso con Olingo Beze?

—No lo sé… ¡No lo sé!

Brigitte endureció el gesto.

—Está bien, no voy a insistir…, por ahora. Pero quizá la situación empeore para ti, si te llevo a la policía. ¿Qué te parece?

—Yo no he hecho nada… ¡Nada! ¡No quiero ir a la policía!

—Está bien, está bien, cálmate… No voy a entregarte a la policía, pero vas a venir conmigo, a un lugar donde estaremos más

confortables, y allá charlaremos como buenos amigos. ¿De acuerdo, Nambo?

—Sí, sí…

—Ponte en pie.

Brigitte lo hizo primero, vigilando atentamente al muchacho, en cuyos ojos captó la incertidumbre, la vacilación respecto a si debía proseguir la pelea o no con aquella mujer tan hermosa y delicada, pero que, ya lo había comprobado, tenía una fuerza increíble, terrible…

—Puedo correr tanto como tú… —sonrió Baby—. Y partirte la cabeza de un golpe al alcanzarte, Nambo. De veras.

—Yo también practico el karate —alzó de pronto la barbilla Nambo, con gesto orgulloso.

—Oh… Bueno: ¿quieres que luchemos un poco, entonces?

Nambo movió la cabeza, y comenzó a caminar hacia la cortina floreada, mientras Brigitte le seguía, mirándole con nueva curiosidad, provocada por el gesto orgulloso del muchacho. Y también había visto en sus grandes ojos negrísimos aquella expresión altiva, propia de quien no está acostumbrado a doblegarse, y que al verse obligado a hacerlo, reacciona considerando despectivamente a quien se le enfrenta, en la seguridad de que, a la larga, el triunfo será de él…

Llegaron a la puerta, y Nambo volvió la cabeza.

—Está abierta —murmuró Brigitte, lamentando no tener su pistolita, para controlar mejor cualquier intento de fuga de Nambo.

Éste la abrió y salió al descansillo. Brigitte lo hizo detrás, entornando la puerta. Señaló las escaleras y Nambo inició el descenso, lentamente, silencioso… Estaban llegando al primer piso cuando abajo, en el zaguán, se oyeron voces excitadas, al mismo tiempo volvió la cabeza, y Brigitte captó su súbita expresión de alarma.

—¿Qué pasa? —preguntó—. ¿Qué temes ahora…?

Nambo miró hacia abajo, respingó, dio media vuelta, y se lanzó escaleras arriba, tan inesperada y bruscamente que hizo perder por un instante el equilibrio a Brigitte. Para recuperarlo y retener al muchacho, lo asió por la cintura de los cortos pantalones deportivos, tirando con fuerza… Con tal fuerza, que arrancó los pantalones a Nambo, el cual cayó de bruces escaleras arriba…,

mientras Brigitte caía rodando escaleras abajo, terminando de llegar así al descansillo del primer piso.

Se puso en pie de un salto, tirando los pantalones a un lado y mirando hacia arriba, en el instante en que Nambo desaparecía, corriendo a toda velocidad escaleras arriba…, y en el mismo instante en que en el descansillo del primer piso aparecían tres hombres negros, lanzados escaleras arriba a toda velocidad.

Al verla se detuvieron en seco, chocando con el primero los otros dos. Y en los ojos del primero vio Brigitte una expresión de reconocimiento y sorpresa. Aunque no menos se sorprendió ella: ¿la conocía aquel hombre?

Las explicaciones se iniciaron de un modo que no gustó en absoluto a la divina espía: reaccionando, aquel primer hombre se adelantó, la asió rudamente de un brazo y abrió la boca para decir algo.

No dijo nada. Solamente lanzó un profundo gemido cuando Brigitte le golpeó en el estómago con la mano libre, rígida como una tabla, justo bajo el esternón. Por supuesto que el negro la soltó, pero los otros dos saltaron hacia ella, mascullando palabras que no pudo entender.

La reacción de Baby fue sencilla y fantástica, y tuvo que resultar alucinante para aquellos hombres: en lugar de darles frente, giró, colocándose de espaldas a ellos, y con el codo derecho golpeó hacia atrás al de ese lado, en plena barbilla, derribándolo con los pies hacia arriba, como si hubiese chocado contra una barrera. El otro pasó rozándola, rebotó contra la pared y regresó hacia la espía, volviéndose frenéticamente, desorbitados los ojos, pero alzando los brazos para atrapar entre ellos a aquella mujer…

La mujer se inclinó, recibió al negro sobre sus hombros, colocándose de lado, y luego se irguió, balanceando el torso en dirección a la marcha del adversario, de modo que éste salió volando bajo los efectos del formidable *kata-guruma*, y fue a estrellarse contra una de las puertas del descansillo.

Mientras tanto, los otros dos se estaban poniendo torpemente en pie, y, comprendiendo que aquella mujer no iba a ser tan fácil de dominar como parecía haber creído en principio, sacaron sus cuchillos. Brigitte optó por la más inteligente de las actitudes: se lanzó escaleras abajo. Si querían seguir la pelea, que fuese en lugar

más amplio, donde ella pudiese evolucionar, no allí, donde podía ser acorralada y ensartada por los cuchillos, si optaban por lanzárselos…

Descendiendo a toda prisa, volvió la cabeza, y vio a los tres negros apelotonándose en la escalera, corriendo tras ella, muy cerca.

Llegó al zaguán, donde había otro negro esperando, muy inquieto. La vio aparecer, alzó la mirada, y al ver a sus amigos persiguiéndola cuchillo en mano, él también sacó el suyo.

Y en aquel mismo instante, apareció en escena, por detrás del hombre del zaguán, el *signore* Angelo Tomasini, es decir, Número Uno. El cual, en una fracción de segundo, se hizo cargo de la situación.

No se alteró lo más mínimo.

Simplemente, disparó su puño derecho hacia la nuca del negro de la puerta, y el hombre salió volando hacia el interior del zaguán, muerto fulminantemente. Luego, dio un paso hacia dentro, recibió a Brigitte con un brazo y se quedó mirando a los tres negros que bajaban.

Algo debieron ver éstos en aquellos ojos negrísimos, porque hicieron lo posible por detenerse, apelotonándose de nuevo, perdiendo el equilibrio. Número Uno dio un paso hacia ellos, soltando a Brigitte, pero ella tiró de su brazo izquierdo.

—No, déjalos… —jadeó—. ¡Tenemos que ir al otro lado de la manzana!

Con una indiferencia que debió aterrar definitivamente a los negros, Número Uno les volvió la espalda, y salieron ambos del zaguán. Brigitte echó a correr, rodeando la manzana de casas, y Número Uno se lanzó tras ella, alcanzándola inmediatamente. Doblaron la primera esquina…, y por allí apareció la poderosa motocicleta en aquel momento, lanzada a una velocidad escalofriante. Sobre la motocicleta, el muchacho llamado Nambo, que pasó como una exhalación muy cerca de los dos espías, rugiendo con poderosa elegancia el motor de su máquina.

—¿Has traído el coche? —exclamó Brigitte.

—Sí. Pero no servirá de nada: esa motocicleta es una «Honda» japonesa, que puede hacer más de doscientos kilómetros por hora. Jamás la alcanzaríamos, y menos, en la ciudad.

—¡Vamos a cazar a alguno de los otros!

Regresaron hacia el edificio donde Olingo Beze tenía su apartamento, pero al llegar allí no quedaba ni rastro de los tres negros. En cambio, sí estaba el que Uno había matado, tendido todavía de bruces dentro del zaguán, contemplado por algunos vecinos, que habían salido finalmente, tras el alboroto.

Número Uno tomó del brazo a Brigitte y la apartó de allí. Cruzaron la calle, se metieron en el coche que él señaló, y en un segundo se alejaron. Durante el primer minuto, ninguno de los dos dijo nada. Por fin, Brigitte sacó los negativos de su escote.

—Fotografías de Okiboninga —dijo—: todas las que quieras.

—¿Y Olingo Beze? —preguntó Uno.

—Está en su apartamento.

—Entiendo.

—Lo torturaron antes de matarlo. Querían saber algo, pero no imagino qué… Si hubiese sido algo de Okiboninga, no se habrían dejado las fotografías, ¿verdad?

—Ha sido por algo relacionado con mi amigo Jacques Mbongo.

Brigitte le miró en verdad sorprendida.

—Ah —se limitó a decir.

Número Uno introdujo la mano izquierda en el bolsillo interior de su chaqueta del lado derecho, y sacó dos papeles, que tendió a Brigitte, la cual los tomó rápidamente. Uno de ellos era el telegrama que Número Uno había enviado a Jacques Mbongo desde La Valletta, así que no tenía interés alguno. El otro sobre contenía la siguiente nota:

No he podido comunicar contigo. Nos veremos donde siempre. Ven cuanto antes. Jacques.

—¿Cómo sabes que esta nota iba destinada a Olingo Beze?

—Por el portero de los apartamentos donde vivía Jacques. Le dije que era amigo suyo, y que le había enviado un telegrama. El portero me dijo que el telegrama estaba allí, pues había llegado después de que Jacques saliese del edificio y le dejase la nota para Olingo Beze. Al parecer, Jacques había estado llamando repetidamente desde su apartamento a Beze, pero éste no contestaba…

—Arrancaron la conexión telefónica.

—… Así que Jacques dejó la nota al portero, por si Olingo iba allí a buscarle o bien llamaba a la portería, al no responder Jacques al teléfono.

—El portero debió entregar el telegrama y la nota a la policía, ¿no te parece?

—Todavía está aturdido y asustado por lo que pasó. Creo que ni siquiera se acordaba de que los tenía.

—¿Y cómo es que te lo ha dado a ti? —sonrió Brigitte.

—Soy muy persuasivo. ¿Quién era el muchacho negro que iba en la motocicleta, sin pantalones?

—Dijo que se llama Nambo… —rió Brigitte—. Pero seguramente me mintió.

—Fantástico… ¿Es posible mentirle a Baby?

—Oh, vamos, mi amor…, ¿por qué te enfadas conmigo? Yo no tengo la culpa de lo que sea que esté pasando; recuerda que fui a ver a Olingo Beze sólo para escribir unos artículos sobre el simpático Okiboninga.

—¿Te parece simpático un monstruo de veinte metros con cabeza de caballito de mar?

—¡Por Dios! —volvió a reír la divina espía—. ¡No me digas que te has creído que eso puede ser verdad, mi amor!

—¿Por qué no?

—¡Oh, vamos…! No me gusta que te burles de mí.

—No me burlo de ti —refunfuñó Uno—. Eso es imposible, ¿cómo podría burlarme de una mujer que siempre se las arregla para poner en peligro su vida?

—Fuiste tú quien quiso traerme a Mombia —le amenazó ella con un dedito—, para tenerme más tiempo contigo y a salvo. ¿Cierto o falso?

—Cierto —casi sonrió Número Uno—. Bueno, ¿qué ha pasado? A las ocho no acudes al hotel, llamo al periódico de Olingo Beze, y me dicen que te habías marchado de allí a las seis y pico, al parecer en busca de Beze, a su apartamento. Voy allá, y te encuentro rodeada de negros armados de cuchillos, y luego otro negrito sin pantalones conduciendo una «Honda»…

—Verdaderamente —reflexionó Brigitte—, soy única en el mundo para meterme en líos. Verás…

* * *

—La cena ha sido agradable, ¿verdad? —Llegó la voz de Brigitte al cuarto de baño, donde Número Uno se estaba cepillando los dientes.

Le contestó con un gruñido, se enjuagó la boca y entró en el dormitorio que habían elegido, de los dos que tenía la *suite*. Brigitte acababa de ponerse el camisoncito, y se volvió hacia él, con gesto preocupado.

—Pero las ostras flameadas quizá sean demasiado fuertes para la noche, ¿no crees? —Se preocupó.

Número Uno se sentó en uno de los silloncitos, y encendió un cigarrillo.

—Dime si estás de acuerdo con esto: Olingo Beze y Jacques Mbongo estaban de acuerdo en algún asunto, que puede ser o no el de tu simpático Okiboninga. Sea el que sea, estaban unidos en algo. Alguien va a ver a Olingo Beze, y le torturan para que les diga quién está con él en ese asunto. Beze se resiste, pero le torturan, y finalmente cede…

—¿Puedo interrumpirte un instante, mi amor? —dijo Brigitte, sentándose en sus rodillas y quitándole el cigarrillo.

—Ya lo has hecho. ¿De qué se trata?

Ella dio una chupadita al cigarrillo y se lo volvió a colocar en los labios.

—Yo creo —dijo entonces— que ese asunto tiene que estar relacionado con Okiboninga, el simpático monstruo del lago Ngar. De no ser así, todo resultaría demasiado casual. Un periodista y un agente secreto… Haría ya tiempo que los habrían molestado a ambos. Pero no lo hacen hasta que sucede lo de Okiboninga. Por lo tanto, yo diría que tu amigo Jacques y Olingo Beze iniciaron sus relaciones precisamente con el asunto del monstruo con cabeza de caballito de mar.

—¿Y qué puede tener que ver Okiboninga con el espionaje?

—Ah, eso no lo sé. Pero lo sabremos… ¿Verdad?

—Mañana volvemos a Villa Tartaruga.

Brigitte le besó debajo de una oreja, susurrando:

—Lo que ordene mi amo y señor. ¿Qué pasó después de que torturaron a Olingo Beze?

—Beze delató a Jacques Mbongo. Entonces, lo mataron, y se

fueron por Jacques. Por la mañana, después de intentar en vano comunicarse con Beze, Jacques abandona su apartamento, dejando una nota en la portería, por si Beze le llama. Y al salir Jacques a la calle, lo acribillan a balazos… Naturalmente, los mismos que torturaron y mataron a Olingo Beze.

—Y que no son aquellos negros de los cuchillos.

—Claro que no. Aquellos negros eran unos desdichados que sólo tenían que vigilar el apartamento de Olingo Beze. No podían hacer lo mismo con el de Jacques, pues se sabía que éste ya había muerto, así que no esperaban que nadie fuese por allá. Pero sí podía ir alguien a ver a Beze…

—Y fui yo, me vieron entrar, pero no me hicieron caso. Y como estuve mucho tiempo allá arriba, incluso me olvidaron. Luego, aparece el negro Nambo, entrando en el apartamento por la ventana de la cocina. Enciende la luz del saloncito, que da a la calle… Y desde la calle, los negros de los cuchillos ven la luz en la ventana, y comprenden qué hay alguien allí. Entonces, mientras yo me las entiendo con Nambo, ellos discuten la jugada, y deciden subir: al fin y al cabo, estaban esperando a alguien, y puesto que alguien había llegado…

—Tenemos, entonces; que los negros de los cuchillos, y los que acribillaron a Jacques, pertenecen al mismo grupo. Pero los que manejan armas de fuego han preferido no dejarse ver cerca del apartamento de Olingo Beze, así qué los que quedan encargados de la vigilancia son sus amigos negros. Bien: llega un muchacho negro… ¿Y ahora?

—No lo sé.

—¿Vieron los tipos de los cuchillos al muchacho?

Brigitte entornó un instante los ojos.

—No. No tuvieron tiempo.

—Entonces, sólo lo conoces tú.

—Eso parece. Y sería buena idea buscarlo… Un muchacho que tiene una «Honda» no pasa desapercibido, creo yo. Es una máquina muy cara, según tengo entendido.

—Creo que vale cuatro o cinco mil dólares. Desde luego, quien lleve una motocicleta de ésas en este país, no puede pasar desapercibido:

—Mañana la buscaremos.

—Mañana —repitió Uno— volvemos a Villa Tartaruga.

—¿Y me quedo sin reportaje sobre el monstruo?

—Siempre es mejor que quedarse sin cabeza.

—¡Oh!

—¿No tengo razón?

—Pues, sí… —admitió Brigitte—. La tienes, como siempre. Pero yo no quisiera marcharme de Mombia sin haber visto a Okiboninga.

—Ya me ves a mí.

—Pero tú no eres ningún monstruo, mi amor —susurró Brigitte, comenzando a besarlo en el cuello—. Es decir, sí eres un monstruo, pero en otro sentido…, que me gusta… mucho más…

—Mañana volvemos a Villa Tartaruga —dijo fríamente Número Uno, de nuevo.

Brigitte llegó con sus besos hasta la comisura de la boca de Número Uno, y allí se detuvo.

—¿No puedo convencerte… de ninguna manera?

—No.

—Es terrible… Terrible… Mi amor ya no me ama, no quiere complacerme… Ya no me amas… ¡Y yo te amo tanto a ti!

—Puedes recurrir a las argucias que quieras —masculló Uno—. Pero te lo advierto: mañana volvemos a Villa Tartaruga.

Capítulo IV

—Señor y señora Coleman —se expresó en correcto francés el conserje del hotel Kanga-Kanga, en Playa Nmonga—. Sí, en efecto, desde ayer les tenemos reservada una *suite* con vistas al mar. Entiendo que están ustedes alojados también en El Onubia.

—Así es —masculló Número Uno.

El conserje les miraba aprobativamente, mientras se hacía cargo de los pasaportes. Sobre todo, a la bellísima señora Coleman, que tenía los más extraordinarios ojos que había visto en toda su vida… Tan azules, tan grandes, tan brillantes… Sí, parecían llenos de luz. De una luz que, evidentemente; sólo estaba destinada al señor Coleman, el cual parecía bastante adusto. En fin, hay hombres con suerte…

Conteniendo un suspiro, el conserje miró los pasaportes de ambos. Clark Coleman y Brigitte Montfort. Luego, un tanto expectante, se quedó, mirando a Número Uno, que le contemplaba ceñudo.

—¿Crees que nos encontrarán aquí, mi amor? —preguntó la bellísima señora Coleman; desvió de pronto la mirada hacia el conserje y sonrió—. Nos casamos hace dos días en Roma, y nos escapamos de allí sin esperar siquiera los documentos… Es terrible ser una modelo famosa. ¿Podemos contar con su discreción?

El conserje asintió, como atontado. No acababa de entender muy bien, pero lo aceptó todo.

—Por supuesto, señora Coleman.

—Muchísimas gracias. Nos han hablado muy bien del Kanga-Kanga. Me permito tener la esperanza de que no nos defraude.

—Puede estar segura de ello, señora Coleman.

—¡Es usted tan amable!… En este país, todo el mundo es amable, de veras.

El hombre se estremecía de gozo.

—Es imposible no serlo con visitantes como usted…, como ustedes. ¿Querrán ir a ver a Okiboninga, supongo?

—Oh, sí… ¡No me lo perdería por nada del mundo! ¿A qué hora acostumbra salir a la superficie?

—Pues —se desconcertó el hombre— no tiene ninguna hora fija, naturalmente… Por eso, alrededor del lago se ha establecido todo un campamento de turistas y periodistas, con tiendas de campaña. Todos quieren fotografiar a Okiboninga.

—¿Y lo consiguen?

—La mayoría lo ha conseguido ya, señora Coleman.

—¿Te das cuenta? —Miró la señora Coleman a su marido—. ¡Ya te dije que Okiboninga es simpatiquísimo! ¡Y naturalmente que yo también quiero tomarle unas fotografías!

—Puedo proporcionarles un guía para ir al lago Ngar, si lo desean.

—Es una buena…

Brigitte no dijo nada más. Delante de ella, en el mostrador de la conserjería, un botones colocó el periódico de la mañana, diciéndole algo al conserje, y, por simple reflejo, ella lo miró. Allí, en la primera página, había una fotografía muy grande de un bello muchacho negro, sonriente. Muy joven, de cabellos prietamente ensortijados.

—… idea —terminó la frase—. ¿Cuándo podrá estar preparado ese guía?

—El lago está muy cerca —dijo el señor Coleman—. Podemos llegar a él sin la ayuda de nadie.

—Oh, pero yo quisiera un guía, mi amor.

—Puede estar preparado en cuanto ustedes lo deseen —dijo el conserje.

—¿Dentro de una hora?

—Sí, por supuesto. Pero me atrevo a sugerirle que salgan hacia el lago Ngar al atardecer. No es posible, según se está comprobando, que Okiboninga salga cuando hay mucho sol…, y ustedes se ahorrarán momentos terribles, se lo aseguro. Claro que, como le he dicho antes, Okiboninga puede aparecer en cualquier momento…, o no aparecer ya nunca más.

—Saldremos dentro de una hora. ¿Puede usted encargar al guía que nos compre una tienda de campaña y todo lo que necesitemos

para acampar allí hasta que aparezca Okiboninga?

—Dentro de una hora todo estará preparado, señora Coleman.

—De nuevo muchísimas gracias… ¿Puedo llevarme este periódico a la *suite*? Se lo devolveré cuando nos marchemos.

—Está a su disposición, naturalmente. Yo leeré cualquier otro ejemplar del hotel.

Tres minutos más tarde, los señores Coleman quedaban solos en la *suite* del Kanga-Kanga. Y apenas se hubo cerrado la puerta, el señor Coleman tomó el periódico, de manos de su bella esposa, y miró inexpresivamente la fotografía del muchacho negro.

—¿Nambo? —murmuró.

—Sí, mi amor. Es él: el muchacho que escapó sin pantalones… en una formidable motocicleta capaz de hacer más de doscientos kilómetros por hora…, y que vale cuatro o cinco mil dólares.

—Supongo que un muchacho que dentro de una semana va a ser coronado rey, puede permitirse ese lujo —deslizó Número Uno—. Jamás comprenderé esto.

—¿No comprendes que alguien sea coronado rey?

—No comprendo tu facilidad para complicarte la vida. Hemos venido a hacer unos reportajes, y estamos metidos en un asunto en el que intervienen un periodista-fotógrafo, un espía, y un muchacho que va a ser coronado rey dentro de una semana…, y que subió por una cañería al apartamento del periodista-fotógrafo, que había sido torturado y asesinado. Mientras tanto, parece que todo ha sido puesto en marcha por la aparición, de un monstruo en un lago… Y yo soy lo bastante cretino para dejarme convencer y traerte aquí, en lugar de estar ya volando hacia Villa Tartaruga.

—No eres cretino… —rió ella, besándole en la barbilla—. Eres un hombre encantador que no sabe, ni puede…, ni quiere negarme nada. Veamos qué dice exactamente el periódico, sobre mi joven amigo que perdió los pantalones.

El artículo periodístico, no sólo era extenso, sino que era el primero de una serie de seis, destinada a informar al público de todos los detalles de la coronación que tendría efecto siete días más tarde en el Palacio Real de Mombiaka y en la persona de Niango Nongasa, que justamente aquel día cumpliría los dieciocho años, edad mínima requerida por el protocolo de Palacio para recibir la corona e iniciar su reinado efectivo. Hasta entonces, el trono de

Mombia había estado ocupado por Ulango Taego, padrastro del futuro rey, como regente, precisamente a la espera de que Niango cumpliese los dieciocho años. Ulango Taego era el marido de la madre de Niango, que había quedado viuda hacía tres años, y que, dos años después de su boda con Ulango Taego, había fallecido a su vez, dejando a un hijo con edad insuficiente para ocupar el trono, y, por tanto, facultando a su actual marido para que, hasta que Niango cumpliese los dieciocho años, dirigiese el país…

—Y dentro de una semana —murmuró Brigitte—, Ulango Taego se va a quedar sin trono.

—Naturalmente, tú ya estás viendo en esto una intriga palaciega, ¿no es así? —deslizó Número Uno—. No me sorprendería que pensases que Ulango Taego está planeando matar al muchacho, para ocupar él definitivamente el trono.

—¿Te sorprendería a ti que eso fuese cierto? —murmuró Brigitte.

—No… —admitió Número Uno—. Pero dime qué puede tener que ver con esto un monstruo llamado Okiboninga…, y que, por supuesto, es falso, no existe realmente.

—Pronto saldremos de dudas.

—¿Respecto al monstruo?

—Oh, no, por Dios… —rió Brigitte—. ¡Sobre eso ya sabemos los dos qué todo es una superchería, mi amor! Me refiero a que pronto sabremos a qué atenernos… sobre mi amiguito Nambo, porque estoy decidida a visitarlo.

—¿Eso quiere decir que volvemos a Mombiaka?

La señora Coleman estuvo unos segundos vacilando. Por fin movió negativamente la cabeza.

—No. Ya qué estamos aquí; iremos primero a ver a Okiboninga.

—¿En qué quedamos? ¿No dices que es una superchería?

—Debe serlo… supongo.

* * *

—… Y cuando Okiboninga va a salir, todos lo saben, porque el agua hierve en esa parte del lago. Sí, comienza a hervir, y todos tienen miedo entonces, y aunque han estado esperando a que aparezca Okiboninga, empiezan a correr, alejándose del lago; como locos…

Pero algunos se quedan, y toman fotografías, y otros llevan equipos de grabación, por si Okiboninga dice algo…

Número Uno alzó la mirada, hacia el espejo retrovisor, para contemplar ceñudamente al guía, que viajaba en el asiento de atrás del Coche alquilado en Mombiaka, y que les estaba dando información sobre el monstruo del lago Ngar. Y mientras Uno se limitaba a mirar casi irritado al negro, Brigitte lanzó una carcajada, volviéndose en el asiento que ocupaba junto a Uno, para mirar al guía, divertidísima.

—¿Y qué esperan que diga Okiboninga? —exclamó.

—Bueno:… —sonrió ampliamente el negro Borongo—. No es que esperen que hable, señora, no, no, no… Quiero decir qué están preparados para grabar cualquier sonido que emita el monstruo, ¿comprende?

—Comprendo. Y eso me parece más razonable… ¿Han conseguido grabar algo?

—No… —meditó Borongo—. Algunos empiezan a decir que Okiboninga es mudo. Nunca hace ruido, ni silba, ni nada… Sólo hierve el agua, y entonces aparece él. Pero no dice nada. Le han tomado muchas fotografías, muchas, muchas… ¿Sabe? —Volvió a sonreír anchamente Borongo—: ahora van a hacer tarjetas postales de Okiboninga, para que viajen por todo el mundo…

—¿Como si se tratase de la Torre Eiffel? —rió de nuevo Brigitte.

—Si. —Rió también Borongo—. ¡Sí, sí, sí, eso!

—Qué barbaridad —masculló Número Uno.

—La idea es buena —aseguró Brigitte—: ¿te imaginas a Frankie recibiendo una tarjeta postal de Okiboninga con nosotros a su lado, acariciándole su cabeza de caballito de mar?

Borongo volvió a reír. Reía mucho, era un hombre feliz… Pero cuando Brigitte pensaba que nunca iba a dejar de reír, el negro se quedó silencioso de pronto, como cohibido.

—¿Qué ocurre? ¿Algo no va bien, Borongo?

—Estamos llegando, señora. ¿Yo tendré que quedarme junto a ustedes, cuando aparezca Okiboninga?

—Tranquilícese —recomendó Brigitte—: mi marido y yo no vamos a necesitarlo en ese momento.

Borongo recuperó su buen estado de ánimo anterior. Señaló hacia delante.

—Ahora, después de esa loma, ya veremos el Llano Otimbo… Es grande, muy grande, muy grande. Y ahí está el lago Ngar. Pronto lo veremos.

Segundos después, Número Uno detenía el coche, a un lado del camino de tierra ya marcadísimo que llevaba al lago Ngar. Se apearon los tres, y Borongo señaló:

—Ahí vive Okiboninga.

Número Uno le miró de reojo, pero no hizo el menor comentario. Tampoco Brigitte, que sacó de su maletín los pequeños gemelos de teatro, y miró con ellos la llanura Otimbo. Los desdeñó en seguida, sin embargo, pues a cierta distancia perdían su utilidad. A simple vista, se dedico a examinar aquella inmensa llanura, en la cual, casi en el centro, se veía una mancha de verdor, y todavía bastante lejos… Eso era todo: un desierto pedregoso y un lago.

—Qué lugar más inhóspito —murmuró.

En efecto, salvo aquella mancha de verdor. Llanura Otimbo no podía resultar más árido e inhabitable. El calor era espantoso; a aquella hora, casi mediodía, el sol, casi vertical, caía como plomo fundido. La divina espía ni siquiera se habría sorprendido si, de pronto, las piedras hubiesen comenzado a arder. Era la desolación absoluta, la negación de cualquier posibilidad de existencia humana en aquellos parajes. Y, sin embargo, allá había un lago… Muy bien: misterios de la Naturaleza. Pero… ¿era también Okiboninga un misterio de la Naturaleza?

Miró a Número Uno, que soportaba, impávido, el terrible calor, realmente como si estuviese hecho de piedra. En cambio, ella notaba el sudor en todo su rostro, y deslizándose entre los senos…

Siguió la dirección de la mirada de él, y vio entonces las pequeñas nubes de polvo, hacia el Norte.

—¿Qué es aquello, Borongo? —señaló.

—Oh, deben ser visitantes de Numbina y Zongania… Llegan muchos todos los días, muchos de ellos a pie.

—¡A pie! —Se aterró Brigitte.

—Sí… Algunos, en bicicletas. Pocos coches, pocos. Nosotros somos más ricos. Los de Mombia, quiero decir. Algunos tienen coches, bastantes. Pero Numbina y Zongania son países pobres, parecidos a Llanura Otimbo, ¿comprende? Están juntos, y los dos tienen frontera con Mombia, por el Norte. Nadie tiene pasaporte,

pero las patrullas los dejan pasar, por lo de Okiboninga.

—¿Qué patrullas?

—Patrullas del Ejército.

—¿Hay patrullas del Ejército de Mombia en esas fronteras? —se sorprendió Brigitte—. ¿Para qué?

—Ah, no sé. Hace poco que se pusieron. Van y vienen, vigilan la frontera. No sé. ¿No lo hace todo el mundo, eso?

Brigitte parpadeó, y volvió a mirar hacia las nubes de polvo que indicaban la marcha de personas a pie, desde la frontera hacia el lago Ngar.

—Será mejor que sigamos con el coche —dijo—: me estoy deshidratando.

Cuando entraron en el coche, fue como meterse en un horno, pero el calor cedió un poco al poner Número Uno en marcha el vehículo.

A medida que se iban acercando al lago, Brigitte iba comprobando que la extensión que ocupaba era mayor de lo que parecía desde lejos. En realidad, podía considerarse un grandioso y sorprendente oasis. Y cuando ya estuvieron lo bastante cerca, comenzó a ver coches dejados a pleno sol. Lo cual comprendió muy pronto: sus propietarios preferían reservar las zonas de sombra que proporcionaba la vegetación para protegerse ellos, huyendo de aquel calor seco, terrible.

Luego, comenzaron a ver personas. La mayoría de ellas eran de raza negra, y se protegían del sol con sombrillas de vivos colores, y otras, completamente blancas, que reflejaban cegadoramente la luz del sol. Otros, se apretujaban a la sombra de los árboles, o estaban tendidos bajo las matas. También había muchas tiendas de campaña, pero Brigitte pensó que estar en su interior en aquellos momentos sería lo mismo que estar en una sauna. La única solución para aquel calor, de todos modos, estaba en el propio lago, en darse frecuentes baños…

Pero, de una parte, realmente, el agua no debía estar fresca, sino todo lo contrario. Y de otra parte…, ¿quién se atrevía a darse un baño en los dominios de Okiboninga?

Allí se mezclaban la curiosidad y el temor. La curiosidad los había llevado a todos hasta allí. Y el temor los mantenía alejados de las orillas del lago, no menos de veinticinco metros… La distancia

teórica que Okiboninga podría alcanzar con su boca, si de pronto decidía aparecer en la orilla y atacar a los intrusos.

Tuvieron que dejar el coche en el borde exterior de la zona de vegetación, pero nadie se opuso a que se acercasen a pie a la orilla del lago. Salvo algunas miradas muy expresivas, dirigidas a Brigitte, su llegada no despertó curiosidad ni interés alguno. A fin de cuentas, todos estaban allí por lo mismo: ver a Okiboninga. Lo demás no tenía importancia…

Finalmente, cargado Borongo con la tienda de campaña, llegaron al límite de la zona ocupada por quizá tres mil personas, según calculó Brigitte. Toda una comunidad humana se había instalado en la zona del lago Ngar. Una comunidad en la que no había niños, y muy pocas mujeres, todas ellas, por el momento, de raza negra.

—Allí —señaló Brigitte el emplazamiento de la tienda.

—Señora —respingó Borongo—, ¡es demasiado cerca!

—Cerca, ¿de qué?

—De Okiboninga…

—Oh, Bueno, quizá. Pero cuanto más cerca del agua, más fresquitos estaremos. Vaya a buscar las otras cosas. Mi marido y yo plantaremos la tienda.

Borongo se alejó, y Número Uno musitó:

—Me pregunto para qué querías un guía: todo lo estamos haciendo nosotros… A menos que se tratase de hacerle preguntas sobre Okiboninga, y, en especial, sobre Llanura Otimbo.

—Me gustaría sorprenderte alguna vez —refunfuñó graciosamente Brigitte.

La cual ni siquiera tuvo que intervenir en el montaje de la pequeña tienda de campaña, porque inmediatamente comenzaron a acudir periodistas de raza blanca, atraídos inicialmente por el rumor de que una hermosa mujer blanca había llegado al lago. En cuanto vieron a Número Uno, sus ánimos se enfriaron por completo en cuando a las posibilidades de galanteo, pero uno de los periodistas, norteamericano, despertó aún mayor interés por parte de sus colegas, al exclamar, después de contemplar, estupefacto, a Brigitte:

—¡Pero si es *miss* Montfort, del Morning de Nueva York!

La presencia allí de un Premio Pulitzer sorprendió e interesó

muchísimo a los periodistas, pues le daba una decidida importancia al asunto de Okiboninga. Walter Sherman, el periodista norteamericano, efectuó las presentaciones. Cuando todos esperaban que, a su vez, *miss* Montfort presentase a su acompañante, tal cosa no sucedió, pues Uno se limitó a mirar a Brigitte, y ésta comprendió.

—¿Podemos tomarle algunas fotografías a usted? —pidió uno de los periodistas, alemán.

—Por favor —sonrió la divina—: yo no soy noticia, caballeros. ¿O quizá, me parezco a Okiboninga?

Hubo una carcajada colectiva. Se hablaba allí inglés, francés, alemán, italiano, español, portugués, ruso, árabe, y varios dialectos e idiomas africanos, principalmente el mombiakano. Mientras algunos de los periodistas admiradores del Premio Pulitzer Brigitte Montfort se dedicaron a montar la tienda, ella miró a Uno, que asintió con un gesto, y se alejó del grupo: no necesitaban hablar para entenderse.

Hacia las dos de la tarde, Número Uno regresó, y fue a sentarse bajo uno de los árboles muy cerca de la orilla del lago. Brigitte le miró, sonrió a sus colegas, y acudió a sentarse junto a él, a solas.

—¿Qué has averiguado?

—Nada importante… —Encogió Uno los hombros—. En la frontera no pasa ni ha pasado nada en muchos años. Las patrullas son escasas, y compuestas por muy pocos hombres. No hay roces, ni disturbios, ni temores… Nada. Nadie da importancia a unos cuantos soldados mombiakanos yendo de aquí para allá en *jeeps* o en camellos… Pero ha comenzado a circular una noticia muy interesante.

—¿La de la maldición? —sonrió Brigitte.

—Sí. ¿Te han hablado tus amigos de ella?

—Algunos se entienden bien con los mombiakanos… Parece ser que, de un momento a otro, puede caer la maldición sobre todos los que están aquí, molestando a Okiboninga. ¿Es eso lo que has oído?

—Sí.

—¿Te han dicho qué clase de maldición puede ser?

—No.

—A mí tampoco… Todo esto es absurdo, ¿verdad, mi amor?

—Completamente absurdo. Esperemos que Okiboninga aparezca

pronto, para que lo fotografíes y nos marchemos.

—¿Sin hacerle una entrevista? —protestó Brigitte, riendo.

Número Uno se quedó mirándola fijamente.

—¿Qué estás tramando? —murmuró.

—Cosas mías. ¿Tienes apetito?

—He comido dátiles y otras cosas por ahí. Supongo que también has oído que se está preparando una importante expedición científica al lago.

—Sí…

—Y también supongo que sabes perfectamente que si algo en claro puedes sacar de este asunto no será aquí, sino hablando con el muchacho que perdió sus pantalones. Por cierto —alzó las cejas el mejor espía del mundo—: ¿cómo los perdió?

—¡Yo se los quité! —Se echó a reír Brigitte, muy brillantes los ojos—. Esperaremos a ver a Okiboninga, y entonces nos iremos… ¿Te parece bien?

—No. Pero a estas alturas, hasta yo mismo tengo curiosidad por ver al monstruo del lago Ngar.

—Esperemos que tenga la cortesía de aparecer, hoy que estamos nosotros aquí.

Capítulo V

Okiboninga resultó ser un monstruo muy cortés.

Cuando faltaba un cuarto de hora para que se pusiera el sol, comenzaron a aparecer las burbujas en la superficie del lago, que hasta entonces había estado tan inmóvil que parecía una lámina de metal.

Y apenas apareció la primera burbuja, comenzaron a sonar los gritos:

—¡OKIBONINGA, OKIBONINGA, OKIBONINGA…!

El rumor se extendió y creció rápidamente entre los agitados curiosos, muchos de los cuales, después de haber esperado allí horas y horas bajo el sol abrasador, echaron a correr, alejándose de la orilla del lago, despavoridos. En realidad, el movimiento general era de indecisión. Querían ver a Okiboninga, pero, al mismo tiempo, se sentían llenos de terror al comprender que era verdad, qué existía…

—Prepárese para ver algo bueno —dijo Walter Sherman, preparando su cámara fotográfica, junto a Brigitte.

—¿Van a disparar sus cámaras desde esta distancia? —se sorprendió ella.

—Oh, tenemos teleobjetivos… Además, no aparece demasiado lejos de la orilla, según dicen. Y hemos tenido suerte: va a salir muy cerca de nosotros, por esta parte.

Número Uno contemplaba en silencio las aguas, en las que cada vez había más burbujas, que estaban provocando suaves círculos concéntricos, que se extendían hacia la orilla. En un instante, la lámina de metal dejó de reflejar mudamente el cielo, y los árboles de la orilla, al ondularse merced al movimiento creado por las burbujas que iban apareciendo en la superficie.

Prácticamente, en aquella parte de la orilla habían quedado solos los periodistas de raza blanca, a unos quince metros. En

realidad, hasta donde podían ver, en toda la orilla del lago había desaparecido cualquier signo de vida humana: los curiosos debían estar mirando hacia el agua, bien escondidos detrás de árboles y matas, y a distancia que consideraban prudente.

Tras los excitados gritos, tras el fuerte rumor de voces alrededor de todo el lago, se hizo, de pronto, un silencio increíble, que resultó inquietante.

Brigitte terminó de preparar también su pequeña cámara fotográfica, y miró a Número Uno, que dejó de mirar las burbujas cada vez más numerosas, al darse cuenta. Asintió con un gesto, y los dos caminaron hacia la orilla del lago.

—¿Qué hacen? —exclamó un periodista italiano—. ¡Vuelvan aquí!

Brigitte le miró, sonriente, mostrando su pequeña cámara.

—No tengo teleobjetivo, de modo que debo acercarme más… Pero no se preocupen: si el monstruo nos ataca, correremos.

Número Uno ni siquiera se había vuelto para mirar al periodista italiano. Su mirada volvía a estar fija en las burbujas, que eran ahora más grandes y más mumerosas todavía. Brigitte se reunió con él, y llegaron juntos a la orilla fangosa, sin importarles en absoluto mancharse el calzado y hundirse en el lodo hasta más arriba de los tobillos.

Y de pronto, apareció Okiboninga, en el centro de aquella zona de agua burbujeante, que según decían, estaba hirviendo. Apareció bruscamente, lanzando agua a todos lados, balanceando su cabeza que parecía de caballito de mar, agitando sus anillos enormes, de vivos colores…, y provocando en toda la orilla del lago un bramido de espanto, un rugir de exclamaciones, un fuerte rumor de vegetación moviéndose a impulsos de quienes no pudieron resistir aquella visión y echaron a correr, alejándose hacia el desierto.

—Ahí lo tienes —dijo Uno, impávido.

—Qué bonito es, ¿verdad? —exclamó Brigitte.

—Sí, pero el error está en esos colores tan vivos: un animal que vive en las profundidades tiene colores apagados, grises, negros, marrón oscuro…

—Y además, no aparece así, como disparado desde abajo, me imagino. Casi igual que un torpedo.

—Bueno —la miró Uno, casi divertido—, no creo que haya un

submarino ahí abajo, mi amor.

—No —rió ella—. Yo tampoco lo creo.

Mientras se desarrollaba esta conversación, que habría sorprendido no poco a quienes huían, aterrados, de Okiboninga, éste había quedado sobre las aguas, como meciéndose en ellas, oscilando su cabeza hacia todos lados, rígido el cuello… Brigitte tenía razón: era muy bonito. El cuerpo de serpiente aparecía aquí y allá, y se veían los vivos colores de la húmeda piel: rojo, azul, amarillo, verde, blanco, negro… Parecía reunir en su cuerpo todos los colores, qué relucían al sol poniente. Las aguas llegaban ahora un poco más agitadas adonde estaban Brigitte y Número Uno, que se notaban ensordecidos por los incesantes gritos de pavor, de excitación, de incredulidad.

—¿A qué distancia calculas que está? —Tuvo que gritar la espía.

—Ciento cincuenta metros —gritó también Uno.

Brigitte le entregó la cámara fotográfica, y se quitó la ropa, que también colocó en un brazo de Número Uno. Y tras quedar en bikini, circunstancia prevista y preparada, se lanzó al agua suavemente, comenzando a nadar hacia Okiboninga.

Un alarido de grandioso espanto resonó ahora en todo el contorno del lago. Pareció un trueno que diese la vuelta completa. Luego, se hizo un silencio total, un silencio más aterrador que los gritos de espanto, mientras *miss* Montfort, con admirable gracia y soltura, moviendo lo imprescindible las aguas, nadaba hacia el monstruo del lago Ngar.

Walter Sherman apareció junto a Número Uno, chapoteando en el lodo. Uno le miró, vio su rostro desencajado, blanco como la leche, de modo que las pecas destacaban como manchitas oscuras.

—¿Está loco? —jadeó Sherman—. ¿Cómo ha podido permitirle esa locura a *miss* Montfort?

El espía más peligroso del mundo se permitió ser amable:

—Ha sido un día de mucho calor, señor Sherman. Ella tiene derecho a tomar un baño fresco ahora.

Los ojos de Sherman estaban casi fuera de las órbitas. Se volvió hacia los demás, que estaban tan impresionados, tan aterrados como él, pero comprendió que nadie iba a hacer nada. Miraba con expresión desorbitada hacia la bellísima nadadora, pero no se movían.

—Por el amor de Dios —volvió a jadear—. ¡Está poniendo en peligro su vida!

—Sabe nadar muy bien —le miró con curiosidad Uno.

Y acto seguido, comenzó a tomar fotografías de Okiboninga, y de Brigitte nadando hacia el monstruo. Pero torció el gesto, guardó la pequeña cámara, y le arrebató a Sherman la suya, provista de teleobjetivo, para reanudar su parte en el trabajo de la periodista *miss* Montfort.

Clic, clic, clic, clic…, se oían los disparos de la cámara fotográfica.

Entonces, Okiboninga comenzó a hundirse.

Lentamente, como por tiempos, el monstruo empezó a desaparecer bajo las aguas, cuando Brigitte estaba apenas a mitad de la distancia hasta él. Lo primero que desapareció bajo el agua fue su gran cabeza de largo hocico fantástico, de grandes ojos que se veían como manchas negras desde allí, el largo cuello osciló más y más, y acabó por hundirse, verticalmente. Luego, comenzaron a hundirse los gruesos anillos de vivos y alegres colores, formando pequeños remolinos de agua.

Para mayor espanto de quienes estaban presenciando aquello, Brigitte nadó más rápidamente, ya a la desesperada, intentando llegar junto a Okiboninga antes de que éste desapareciera.

No pudo ser.

Todavía no había llegado al lugar donde había estado al monstruo, cuando éste desapareció definitivamente. Todavía se vieron unas cuantas burbujas… Luego, nada. La señorita Montfort quedó sola en aquella parte del lago. Todavía nadó unas cuantas brazadas más, pero por fin optó por detenerse. Permaneció allí quizá un par de minutos, mirando hacia donde había desaparecido el esquivo Okiboninga. Finalmente, emprendió el regreso hacia la orilla…, mientras un griterío ensordecedor volvía a oírse alrededor del lago, y miles de personas comenzaban a correr hacia la parte de la orilla donde llegaría, en breve, la nadadora.

Walter Sherman sacó su pañuelo, y se lo pasó por la frente, cubierta de sudor.

—Santo Dios… ¿Qué hace usted? —Respingó al ver a Número Uno retirando de su cámara la carga de fotografías.

—No pretenderá usted que le regale mi trabajo —replicó Uno,

guardándose la carga en un bolsillo—. Pero, naturalmente, le pagaré su rollo de película.

—¡Esa película es mía, la cámara es…!

—Seguramente, Brigitte le enviará unas copias de estas fotografías —cortó secamente Uno—: no espere nada más, por el momento.

Se desentendió de él, y se introdujo más en el agua, de modo que cuando Brigitte llegó allí, le tendió la mano, para ayudarla a salir. Para entonces, los demás periodistas estaban ya en la orilla, hablando excitadamente, y tomando fotografías…, en las que el signare Angelo Tomasini aparecería siempre de espaldas.

Cuando Brigitte estuvo ya en tierra firme, un pasillo humano se abría ante ella. Cientos de ojos la contemplaban con expresión desorbitada, y los periodistas comenzaron, a acribillarla a preguntas.

—Por favor —alzó ella una manita—, permítanme que vaya a vestirme a mi tienda.

Tomó las ropas que le tendía Número Uno, y fue hacia allá. Borongo estaba delante de la tienda, todavía temblando, con los ojos como huevos pegados a su rostro. No pudo decir una sola palabra… Brigitte desapareció en el interior de la tienda, y entonces el griterío aumentó, todo el mundo comenzó a hacer excitadísimos comentarios.

—Dios bendito —tartamudeó un periodista francés—. ¡Esto sí que es todo un artículo!

—La Bella y el Monstruo —rió nerviosamente un británico—. Je, je…

Cinco minutos más tarde, ya prácticamente de noche, *miss* Montfort salió de la tienda de campaña, de nuevo vestida, recogido el cabello con una cinta… y en el acto se vio rodeada de sus colegas, que comenzaron a preguntar todos a la vez. Hasta que ella alzó ambas manos.

—Caballeros —dijo, muy seria—: todos somos aquí profesionales del periodismo. ¿Cierto?

Hubo un murmullo de asentimiento.

—Pues bien: ustedes tienen un articulo en lo que han visto. Y yo, tengo el mío en lo que he hecho.

—¡Pero tiene que decirnos…!

—Eso sería tanto como facilitarles a ustedes que escribiesen también el artículo que pienso escribir yo… ¿Lo harían ustedes?

Se oyeron unos cuantos refunfuños, y finalmente, una voz, en inglés, pero con acento alemán y en tono festivo:

—Bueno, señores: ésta debe ser una de las maneras de hacerse acreedor al Premio Pulitzer, ¿no les parece? *Miss* Montfort tiene razón: para escribir las impresiones de una persona nadando hacia el monstruo, tendríamos que haber hecho eso nosotros mismos. Por mi parte, ya no necesito nada más respecto a este asunto: recogeré mis cosas, y regreso a Mombiaka. ¿Quizá nos veremos allí, *miss* Montfort?

—¿Por qué no? —sonrió la divina.

—Yo también me largo —dijo otro periodista—, no creo que el espectáculo dé más de sí, por muchos días que dure.

—Yo también me vuelvo a Mombiaka.

—Y yo…

—Y yo…

Brigitte miró alrededor, y distinguió a Número Uno, sentado en el suelo, apoyado en el tronco de un árbol. Fue a sentarse junto a él, y aceptó el cigarrillo encendido que Uno le ofreció.

—No pude verlo bien —movió la cabeza, con gesto de pesar—. Pero, naturalmente, es falso.

—¿Y las burbujas?

—Sí, claro —asintió ella—. Puedo equivocarme, pero creo que eran de uno o varios tubos de aire para bucear. Y ciertamente, el agua no ha hervido, ni mucho menos.

—¿No viste al hombre-rana?

—No, lo siento. Es fascinante todo esto. Hay una o varias personas lo bastante inteligentes detrás de todo esto para comprender que el engaño no puede durar mucho, y sin embargo, siguen con él.

—¿Personas como Jacques Mbongo, Olingo Beze…, y un joven futuro rey?

—Sí, por supuesto, personas así. Pero ese muchacho no será rey hasta dentro de una semana.

Número Uno la miró. Apenas distinguía ya su rostro en la oscuridad, que todavía resultaba más impenetrable e inquietante, debido a las luces de linternas y quinqués que habían sido

encendidos, alrededor del lago.

—Quizá dentro de una semana, Okiboninga deje de hacer su pequeño *show* diario —dijo.

—Estoy seguro de que, como siempre, tendrás razón, mi amor. ¿Té parece bien que le regalemos a Borongo la tienda y lo demás… a cambio de que se quede aquí con amigos suyos que le llevarán de vuelta a Playa Nmonga?

—Claro, A nadie le interesa saber que nosotros vamos a ir ahora mismo y directamente a Mombiaka, para intentar que un futuro rey reciba a *miss* Montfort. Aunque no creo que te reciba esta noche.

—Pues entonces, me recibirá mañana.

—Quizá. ¿Nos vamos ya?

—Déjame terminar el cigarrillo. Será más oscuro cuando nos marchemos. En cuanto a Okiboninga, estoy segura de que sé cuál es el truco, pero no consigo definirlo.

—Niango Nongasa, el futuro rey, quizá te lo diga. Quiero recordarte que, si esperamos mucho para marcharnos, tus colegas habrán tenido tiempo de recoger sus cosas, y querrán venir con nosotros, naturalmente.

—¡Santo cielo, no! ¡Vámonos en seguida!

Brigitte tiró el cigarrillo hacia el agua, y se puso en pie rápidamente. Número Uno la imitó, y comenzaron a caminar alejándose de la orilla del lago. Se iban encendiendo más linternas, quinqués, e incluso simples velas, cuyas llamas no se movían en absoluto, tal era la quietud, el bochorno, la total ausencia de la más insignificante brisa que pudiera aliviar aquel calor que conservaban las piedras, los árboles, las más pequeñas matas…

Encontraron a Borongo con un grupo de amigos del negro, que se dedicaba a presumir de estar al servicio de la mujer que se había atrevido a nadar hacia Okiboninga, mientras los demás le escuchaban, embobados. Número Uno y Borongo llegaron pronto a un acuerdo, y el espía se reunió con Brigitte, asintiendo con la cabeza.

—Ha aceptado. Podemos marcharnos.

Continuaron caminando hacia el coche, pero cada vez su marcha era más lenta, pues ante ellos aparecían negros con linternas y quinqués en alto, señalando a Brigitte con una excitación que estremecía sus cuerpos. Hasta tal punto se fue espesando ante ellos

la masa humana, que Número Uno tuvo que cerrar los puños y hacer un gesto agresivo, lo cual fue suficiente para que los más cercanos comenzasen a gritar y a retroceder, derribando a los demás… Cuando finalmente consiguieron llegar al coche, éste quedó completamente rodeado de rostros negros, de luces, de un clamor que parecía interminable…

«No lo entiendo —pensó Brigitte—. Quienquiera que sea el que está realizando este juego, ha provocado una perturbación terrible en estas gentes. Y la pregunta es: ¿para qué? ¿Vale la pena?».

Número Uno puso en marcha el motor, y los negros comprendieron que el gigante de la mirada hostil no iba a detenerse por nada, así que se apartaron precipitadamente de nuevo, arrollándose unos a otros.

Por fin, el coche comenzó a alejarse del lago Ngar.

Y justo entonces, empezó a cumplirse la maldición contra todos los que habían acudido allí a molestar a Okiboninga.

Capítulo VI

En el cielo apareció aquella luz roja. Luego, otra, y otra, y otra, y otra… Cientos de luces rojas comenzaron a aparecer y desaparecer, cruzando el cielo estrellado de Llanura Otimbo.

Brigitte puso una mano en un brazo de Número Uno, y éste frenó inmediatamente, mirando hacia las luces rojas. Sin la menor vacilación, se apeó, y Brigitte hizo lo mismo por el otro lado del coche, exclamando:

—¡Son fuegos artificiales!

—Para nosotros, sí —aceptó Uno—. Pero… ¿qué significado tendrán estas luces para los mombiakanos?

Notó algo en su cara, de pronto, y captó también el gesto de Brigitte, llevándose una mano a la cabeza. En seguida, otro pequeño impacto en el rostro, suave y caliente. Se llevó la mano allí; y tocó el líquido. Brigitte estaba haciendo lo mismo, tocando con sus deditos aquel líquido que la había salpicado, cayendo desde el cielo. Los dos frotaron sus dedos impregnados de aquella inesperada lluvia, y se miraron, al resplandor de la luz que llegaba del lago, y las rojas explosiones en el cielo.

—Parece sangre —dijo Brigitte.

—Es sangre. Volvamos al coche, pronto.

Del lago llegaba ahora un griterío superior a todo lo imaginable, mientras en el cielo seguían apareciendo luces rojas, fugaces, cruzándose unas con otras.

Número Uno puso de nuevo el coche en marcha, conduciendo hacia el Este, abandonando la carretera.

Por el amor de Dios —exclamó Brigitte—. ¡Están haciendo llover sangre sobre esa pobre gente!

—Yo no he traído armas —dijo Uno—. Será mejor que saques tu pistolita del maletín.

—¿Crees que los vamos a encontrar?

—Espero que sí.

El coche rebotaba duramente en el áspero y desigual terreno, pero Número Uno no disminuyó la marcha. Y ni siquiera encendió las luces, limitándose a aceptar la iluminación de los rojos estampidos en el cielo.

—¿Y sabes qué conseguirán con esto? —preguntó Brigitte, sujetándose con fuerza a la manilla de su lado.

—Sí: que toda esa gente abandone el lago Ngar, y toda la Llanura Otimbo.

—Eso es. Y fíjate bien, mi amor, ahora tenemos dos bandos claramente definidos. Uno de esos bandos ha querido concentrar miles de personas en Llanura Otimbo, y para ello ideó el juego de Okiboninga. El otro bando quiere que no haya nadie por aquí, y ha hecho circular la noticia de la maldición…, que se está cumpliendo.

Número Uno asintió con la cabeza, y señaló con una mano hacia el frente. Debían haber recorrido no menos de medio kilómetro en dirección Este, en ese momento. Brigitte miró hacia donde señalaba Uno, y vio, a ras de tierra, los resplandores de varias luces.

—Ahí los tenemos —murmuró.

Era todo tan lógico… Ni monstruo, ni maldición de lluvia de sangre, ni nada que pudiese parecer sobrenatural. Simplemente, el monstruo era un… juguete manejado por alguien, y la lluvia de sangre la estaban provocando desde allí. Seguramente, estaban lanzando cohetes explosivos, muy potentes, que llevaban hacia el cielo pequeñas cargas de sangre de animal, o quizá de personas, conseguida del mismo modo que se obtiene en los hospitales por parte de generosos donantes.

—¿De qué modo deben enviar la sangre arriba para…? —empezó Brigitte.

En lugar de terminar la frase, lanzó una exclamación, al ver lo que aparecía ante ellos, pues Número Uno lo había visto también, y encendió rápidamente las luces.

Entonces, vieron al leopardo.

Un leopardo con cuerpo de hombre. O un hombre negro con cabeza de leopardo, como se prefiera. Estaba allí, delante mismo del coche, con los brazos en alto, en una actitud de terrible amenaza sobrenatural.

Posiblemente, si el coche lo hubiera conducido un nativo, lo

habría detenido en seco, aterrado ante aquella aparición que, por supuesto, debía formar parte de la maldición. Pero Número Uno ni siquiera se alteró. No hizo nada. Simplemente, siguió adelante, sin piedad alguna. Y cuando el hombre-leopardo comprendió que a las personas de aquel coche no las había impresionado en absoluto, ya era demasiado tarde para él: el coche lo alcanzó a la altura del vientre, pareció recogerlo, atraerlo para que chocase contra el cristal parabrisas, y allí rebotó trágicamente, saliendo despedido hacia delante, como un muñeco.

Muy pocos metros más allá, y muy cerca de donde se veían los resplandores de las luces a ras de tierra, Uno detuvo el coche, y miró a Brigitte.

—Quédate aquí dentro encerrada, y ten preparada la pistola. Yo voy a ver qué…

—Yo también voy.

—Brigitte, te suplico… ¡Cuidado!

Uno señaló hacia la portezuela de Brigitte, que volvió la cabeza, y vio ante ella, en el hueco de la ventanilla, la cabeza del leopardo, y el acerado brillo de algo… Milagrosamente, la agente Baby hizo lo único que podía haber hecho para salvar la vida: se inclinó hacia delante, de modo que la gran azagaya que penetró por el hueco de la ventanilla se clavó en su asiento; al mismo tiempo, abría la portezuela, con fuerza, derribando al leopardo con el fuerte choque, y lanzándose ella al exterior, rodando por el suelo, apercibiendo la pistolita de cachas de madreperlas. El hombre-leopardo se estaba poniendo en pie mientras junto a él aparecían dos más, también provistos de refulgentes azagayas, que blandieron amenazadoramente, corriendo hacia Brigitte.

Plof, disparó la divina espía su pistolita.

Uno de los hombres-leopardo lanzó un alarido, y cayó de bruces casi encima de Brigitte, con la azagaya en alto, el cuerpo retorcido por el dolor. El siguiente cayó sobre ella, dispuesto a atravesarla, pero la azagaya se clavó en el suelo, mientras el hombre-leopardo caía de vientre sobre un pie de Brigitte, que distendió la pierna y lo lanzó por encima suyo; el hombre-leopardo lanzó un chillido mientras volaba, y se calló bruscamente al caer de cabeza.

El que había aparecido en la ventanilla estaba ya de pie, y atacando a la todavía yacente espía…, pero Número Uno se puso en

su camino, estirando su brazo derecho. Fue un impacto terrible, un choque espantoso de puño contra barbilla. El puño de Número Uno resistió el choque, pero la barbilla crujió, y se partió como si fuese de galleta, llevando la vibración del golpe hacia la base del cráneo, que también se rompió, ocasionando la muerte fulminante del hombre-leopardo.

El mejor espía de todos los tiempos se volvió velozmente, a tiempo de ver llegar a otros tres hombres-leopardo, armados también de azagayas. En realidad, era como si aquellos negros que ocultaban sus cabezas con las de leopardos, acudiesen a una muerte inevitable, a un suicidio. Pero aún no lo sabían. Con seguridad, esperaban que el hombre y la mujer se asustasen, y echasen a correr, de modo que ellos podrían lanzarles las azagayas contra sus espaldas.

Y no.

Número Uno se adelantó, es decir, hizo todo lo contrario de huir. Con el brazo izquierdo, apartó la azagaya que se dirigía a su garganta, y al mismo tiempo, alzó fortísimamente la pierna derecha: su pie se hundió entre las ingles del hombre-leopardo, que saltó en el aire hecho un ovillo, cayó así al suelo, y quedó inmóvil…

Plof, pudo disparar Brigitte al no interponerse ya Número Uno entre ella y los atacantes. Y su bala dio en el centro de una de las cabezas de leopardo, de modo que el negro que la llevaba sobre la suya, cayó de espaldas, muerto.

Y el último, que había conseguido asestar un golpe de azagaya contra Número Uno, falleció más bien debido a la sorpresa y al miedo súbito que le acometió tras la sorpresa. Sorpresa enorme cuando el hombre al que ya consideraba atravesado, giró ante él como una peonza, y quedó a su lado, casi tocándole, mientras la azagaya perforaba el vacío. Sorpresa terrible cuando una mano de acero cayó sobre su muñeca, y la apretó con tal fuerza que tuvo que soltar la azagaya, de modo que cayó en la otra mano del hombre. Y un miedo súbito cuando el hombre blanco alzó la azagaya.

Después que ésta penetró en su cuerpo, el hombre-leopardo ya no sintió nada.

Número Uno retiró la azagaya del vientre del negro, y miró alrededor, apretados como nunca los labios, fría la mirada… Mirada que se detuvo en Brigitte, la cual estaba ahora sentada en el suelo,

mirándole a su vez.

—No hay nadie más —dijo ella—. Los que quedaban han escapado a velocidad supersónica. Menos uno.

Número Uno se acercó a ella, le tendió la mano, y Brigitte se puso en pie entonces, todavía impresionada después de haber visto la actuación de Número Uno, de un hombre que parecía una máquina de matar… cuando alguien se acercaba con malas intenciones a Brigitte Montfort.

—¿Lo degüello o nos lo llevamos? —preguntó Uno.

—Nos lo llevaremos. Es de esperar que podrá explicarnos muchas cosas… Las luces ya no están.

—Iré a ver. Ten cuidado con este sujeto.

Empuñando todavía la sangrante azagaya, Número Uno je dirigió hacia donde habían visto las luces a ras de tierra. Mientras tanto, Brigitte se arrodilló junto al desvanecido leopardo, le quitó la cabeza de este animal, y se quedó mirando la verdadera, por supuesto sin la menor sorpresa. Era un hombre negro, simplemente, que quizá habría impresionado a los nativos, pero no a dos espías que llevaban años y años jugándose la vida.

Número Uno regresó cuando ya Brigitte había atado de pies y manos al hombre-leopardo, utilizando para ello unas cuantas tiras de su rollo de esparadrapo color carne.

—Mira esto —le tendió un paquete Número Uno—. Yo meteré en el coche al negro.

Brigitte tomó aquello. Era una bolsa… Sí, una bolsa de plástico muy fino y transparente. La acercó a las luces del coche, y vio el líquido rojo que contenía. La tiró a un lado, y fue a sentarse ante el volante, pues sabía perfectamente que Número Uno se quedaría en el asiento de atrás, para no perder de vista ni un instante al negro, a pesar de que éste continuaba sin sentido.

—Había más hombres —dijo Uno—, pero parece que comprendieron que era mejor desaparecer en el desierto. Y se llevaron los cohetes, claro.

—Es decir, que lanzaban las bolsas con sangre en esos cohetes tan potentes, que al estallar hacían llover sangre sobre el lago y sus alrededores, al romper las bolsas de plástico… ¿Qué estará ocurriendo en el lago?

—La desbandada. Y será mejor que sigamos, si no queremos ser

alcanzados por esa gente aterrorizada.

—¿Qué hacían aquí los hombres-leopardo?

—Estoy seguro de que lo imaginas. Vámonos, pronto.

Brigitte condujo en busca de la carretera, mientras, por encima del zumbido del motor, oía el rumor incesante ante ella…

—Esos hombres-leopardo —dijo— estaban aquí, para atacar a los que viniesen en esta dirección, y matar a algunos, con lo que el terror a la maldición habría sido completo.

—Sí. Desvíate, o nos vamos a meter entre esa masa humana.

Aquél era el rumor: miles de personas corriendo por el llano y por la carretera, alejándose del lago, atropellándose unos a otros sin dejar de gritar. Brigitte comprendió que nada más podían hacer por ellos. Y en realidad, no era necesario, puesto que, al vencer a los hombres-leopardo, habían evitado varios asesinatos de aquella pobre gente asustadísima. Desvió la marcha del coche, rebotando en el asiento, agarrándose con fuerza al volante.

En pocos minutos, dejó atrás la masa aullante, y entonces regresó a la carretera, llegando a ella en el momento en que Uno decía:

—Este sujeto ha despertado ya. Veamos qué puede decirnos.

—¿Quieres que detenga el coche?

—No. Sigue hacia Mombiaka.

Número Uno comenzó a hacer preguntas al negro, que le contemplaba con ojos desorbitados: había salido a provocar el miedo y la muerte entre gente inofensiva, y se había tropezado con alguien que le estaba dando miedo a él. Mala suerte.

Pero, tras cinco minutos de marcha por la carretera, de insistir en todos los idiomas y dialectos que conocía e incluso de golpear algunas veces al negro, Número Uno llegó a la misma conclusión a la que estaba llegando Brigitte:

—Sólo habla y entiende mombiakano —refunfuñó—. Tendremos que buscar un intérprete.

—A mí se me ocurre uno muy bueno —sonrió Baby, atenta a la solitaria carretera—. Y precisamente, tenemos que verlo en Mombiaka esta noche misma o mañana por la mañana.

—La idea es buena —admitió Uno—. Pero me pregunto si vamos a pasar la noche en El Onubia, acompañados por este sujeto.

—Supongo que no —sonrió Brigitte—. Bueno, tienes más de una

hora para pensar qué hacemos con él. O qué hacemos nosotros. ¿Qué se te ocurre, mi amor?

—Has dicho que dispongo de una hora, ¿no? Pero ya…

¡ZUUUUUMMMM…!, oyeron el zumbido junto al coche, al mismo tiempo que algo les adelantaba como una exhalación. Una forma oscura, sin luz alguna, pero que reflejó por un instante las de las estrellas, antes de colocarse delante de las luces del coche…

—¡La «Honda»! —Respingó Brigitte—. ¡Ahí va el muchacho sin pantalones…!

—¿Has podido ver que no lleva pantalones?

—¡Le voy a alcanzar!

—Magnífico, querida, magnífico —dijo Uno, amablemente.

Bastaron diez segundos para que Brigitte Montfort se convenciese de lo que Número Uno sabía perfectamente: jamás podrían alcanzar una «Honda» lanzada a casi doscientos kilómetros por hora, en la oscuridad.

—Bueno —movió la cabeza Brigitte—. Cuando menos, los monbiakanos pueden estar seguros de que tendrán un rey muy valiente…, si es que, lanzado a esa velocidad, no se mata antes de llegar a Mombiaka.

Capítulo VII

El secretario de Prensa del Palacio Real les había recibido muy amablemente, y les escuchó con no menos atención. Luego habló por teléfono, en su idioma, de modo que ni Brigitte ni Uno se enteraron de nada. Y finalmente, el amable negro, tras colgar el teléfono se puso en pie, y dijo, en francés:

—Les van a atender en seguida, señores. La guardia les acompañará.

—Muy agradecidos —le sonrió Brigitte—. ¿Podemos hacerle una pregunta, señor Tarogo?

—Por supuesto.

—¿Qué está ocurriendo? Hemos visto camiones llenos de soldados por todas partes.

—Oh, sí. Es por lo del lago Ngar… ¿Saben lo que ocurrió anoche allí?

—¿A qué se refiere? Nosotros nos fuimos después de que Okiboninga volviera a sus profundidades.

—Me refiero a la maldición de la que, sin duda, oyeron hablar —el negro alzó las manos, sonriendo—. Por favor, no me consideren tan ignorante y simple como mis compatriotas. Sé muy bien que eso de las maldiciones es una… tontería. Sin embargo, se ha declarado el estado de sitio en lago Ngar. Sólo para evitar más complicaciones.

—¿Qué significa exactamente ese… estado de sitio?

—Significa exactamente que se han terminado las visitas al lago. Vamos a enviar allí seis camiones con soldados, con órdenes de que nadie se acerque. No queremos más complicaciones.

—Me parece muy razonable —murmuró Brigitte, dirigiendo una veloz mirada a Número Uno, que parecía no oír nada.

—Por supuesto —Tarogo sonrió ampliamente—, todo esto está dando mucho que hablar sobre Mombia. Y me pregunto si eso es

bueno o malo para nosotros, los mombiakanos. Ayer estuve conversando con el delegado de Turismo, y él estaba encantado de la vida: jamás habíamos tenido tantos visitantes con buenos dólares, libras, marcos… Y se espera que vengan muchos más.

—No vendrán, si saben que no se les permitirá visitar el lago Ngar para ver a Okiboninga.

—Supongo que no —Tarogo frunció el ceño—. Bueno, eso es algo que resolverán los organismos pertinentes. En cuanto a mí, como secretario de Prensa del Palacio, estoy cumpliendo mi cometido. ¿Puedo hacer algo más por ustedes?

—No, no… Ha sido muy amable, gracias.

Entre cuatro fornidos negros, de vistoso uniforme rojo y blanco, los dos espías fueron conducidos por amplios pasillos de suelos resplandecientes, por galerías sostenidas por arcos, en los que las parras ponían una nota de verdor sobre la cegadora blancura… Abajo se veían los patios, con flores, palmeras, granados…

Por fin, se detuvieron ante una gran puerta, Había allí una vigilancia de cinco soldados, y lo que debía ser un oficial, que les estaba esperando, y que les introdujo inmediatamente en una gran cámara, que en el acto ambos comprendieron que debía ser muy importante. Simultáneamente, vieron a las tres personas que había al fondo de la cámara, sentadas en sillones tapizados en rojo y blanco.

—Su Majestad Ulango —dijo el oficial de la guardia.

Brigitte y Uno miraron hacia el hombre que ocupaba el sillón colocado en el centro, por instinto. Ella dobló graciosamente una rodilla, y Número Uno, impenetrable el rostro, inclinó la cabeza, con tal rigidez que Brigitte estuvo a punto de echarse a reír. Ciertamente, el espía no estaba acostumbrado a bajar la cabeza ante nadie.

—Acérquense, por favor —pidió Ulango Taego, en francés.

Se acercaron, mirando a las otras dos personas. Una de ellas era otro negro, como Ulango Taego, pero más joven, de mirada amable y expresión inteligente. La otra persona era una negra, muy joven, de tal belleza que casi resultaba increíble; y sus facciones resultaban tan correctas y delicadas, tan puras, tan inteligentes, que el asombro al verla era inevitable. Llevaba un bonito vestido rojo muy escotado, y zapatos de tiras doradas… Increíble.

Ulango Taego, actual rey de Mombia, contemplaba con cierta amable sonrisa a sus visitantes.

—Les presento a la señorita Nuna Menga, hija de uno de mis ministros —señaló luego al otro negro—. Él es Umo Zotingo, mi más estimado consejero.

Brigitte inclinó la cabeza hacia ambos, sonriendo, mientras Uno permanecía impasible… y era contemplado brevemente por los dos negros, y de un modo que molestó a Brigitte, por la bellísima negrita llamada Nuna Menga.

—Majestad, no hemos pretendido en modo alguno llegar tan alto en nuestra visita, ni molestar…

—No se preocupe por eso, señora Coleman. Entiendo que usted desea ver a mi hijo, y, antes de autorizar esa entrevista, me gustaría saber cuál es su objetivo.

—Bien… La verdad es que vine a Mombia por lo del monstruo del lago Ngar, pero, sinceramente, considero que he perdido el tiempo en tonterías, si se me permite esta expresión.

—Se le permite y se le aplaude —casi rió Ulango Taego, que la contemplaba con suma atención—. Desdichadamente, mi pueblo todavía cree en cosas a cuál más., extraña y molesta. Aunque no hay que culparlos demasiado. A fin de cuentas, entiendo que han venido muchos periodistas que, como usted, pertenecen a culturas más adelantadas. Y creo que en Escocia… ¿Es en Escocia…? Tienen también un monstruo en un lago. Y se lo han tomado muy en serio.

—No estoy juzgando la credulidad ni la cultura de su pueblo, Majestad. Pero estoy convencida de que Okiboninga es alguna… diversión inventada por alguien. He decidido no insistir sobre este tema, Pero ayer, casualmente, leí en un periódico la inminente coronación de su hijo, Niango Nbngasa, como rey de Mombia, dentro de seis días contando a partir de hoy.

—¿Y…?

—Como periodista considero que una entrevista con su hijo sí es verdaderamente importante, Majestad.

—Entiendo… Usted quiere conversar con Niango, hacer un reportaje sobre él, para publicarlo en su periódico.

—Así es, Majestad.

—Es usted una joven decidida e inteligente —aprobó Ulango con movimientos de cabeza—. Desdichadamente, no será posible que

Niango la reciba: está terminantemente prohibido por el protocolo de Palacio.

—Oh… Bien, no sabía…

—Lo lamento. Y hay algo que me tiene intrigado, señora Coleman: usted ha dicho, al llegar a palacio, que la anunciasen a Niango, y que estaba segura de que él la recibiría. ¿Por qué esa seguridad, señora Coleman?

—Me pareció que una periodista americana le resultaría interesante a su hijo, Majestad.

Ulango Taego parpadeó. Luego, por un instante, miró a Número Uno.

—¿Su esposo es también periodista?

—No, Majestad.

—Ah. ¿Qué es él?

—Es profesor de educación física.

—Sí… Bueno, su aspecto permite comprender en seguida algo así. Bien, señora Coleman, de veras lo siento, pero… De todos modos, cualquier información que precise, mi gabinete puede ofrecérsela sin restricción alguna. Aunque toda la información que pueda interesar periodísticamente, ya la están publicando nuestros periódicos.

—Lo sé. Precisamente por, eso pensé que sería una información más interesante, desde el punto de vista humano, una entrevista con un futuro rey de dieciocho años.

—Sí, sí, ya le digo que me parece usted muy inteligente al haber pensado eso, pero es imposible. Sin embargo, hablaré con Tarogo para indicarle que le envíe a usted la máxima información que se le pueda conceder a un periodista extranjero, antes de la coronación… ¿Están ustedes en Mombiaka?

—Sí. En el hotel El Onubia, Majestad.

—Lo tendré en cuenta.

La entrevista había terminado, eso estaba bien claro. Brigitte volvió a doblar una rodilla, y retrocedió unos pasos, con la cabeza inclinada…, para poder mirar disimuladamente a la negrita, que no había apartado sus bellos ojos de Número Uno.

El oficial les abrió la puerta, y salió tras ellos, después de saludar profundamente hacia Ulango Taego. Dos guardianes cerraron la gran puerta doble, y el oficial señaló hacia los otros cuatro guardias

que esperaban.

—Les acompañarán hasta el patio —dijo en francés—. Luego, vayan inmediatamente a su hotel.

Número Uno permaneció impávido, pero Brigitte miró con sorpresa al oficial de la guardia, que le devolvió una mirada no menos impávida que la de Número Uno. Durante tres o cuatro segundos, Brigitte y el joven oficial se estuvieron mirando fijamente. Luego, ella asintió, se tomó del brazo de Uno, y entre los cuatro guardias se dirigieron hacia el patio de armas, desde el cual, abandonarían el palacio.

Y por supuesto, irían inmediatamente al hotel.

* * *

El teléfono de la *suite* sonó cuando apenas hacía quince minutos que habían llegado. Los dos estaban esperando, sentados en el sofá, fumando y charlando tranquilamente. Y ni siquiera tuvieron que consultarse sobre cuál de los dos contestaba la llamada.

—¿Diga? —La atendió Brigitte.

—Sí, en efecto.

—De acuerdo. Pero…

Clic.

Brigitte frunció el ceño, colgó el auricular; y miró a Uno, que parecía ausente, como sordo y ciego.

—Que abandonemos inmediatamente el hotel, y que vayamos a Un lugar llamado Dango-Dango, sin que nadie nos siga ni sepa que nos dirigimos hacia allí. Respecto a este asunto, sólo tengo una duda, mi amor.

—¿Cuál?

—¿Qué es Dango-Dango y dónde está? Lo encontraremos —aseguró Número Uno.

* * *

A la una y media del mediodía, estaban en Dango-Dango… Era una playa pequeña, sucia hasta lo asqueroso, situada al sur de la capital, Mombiaka. Parecía que toda la porquería del cercano puerto de

Mombiaka tenía predilección por aquella playa, que, por otra parte, habría resultado encantadora de no ser por el capricho de las corrientes de reunir allí todas las basuras. La arena era gruesa, casi blanca, y centelleaba al sol… Un sol terrible, del que se protegían bajo los pinos, cuya sombra era deliciosamente fresca. También el coche había quedado a la sombra de los pinos.

Y mientras esperaban, ambos comieron unos bocadillos de la bolsa que Brigitte había adquirido en Pogo Mombiaka. En el impresionante silencio, el rumor del mar le parecía a Brigitte, como siempre, el más dulce arrullo.

—No me extrañaría haber sido sirena en una existencia anterior —dijo alegremente—. De otro modo, ¿cómo podría gustarme tanto el mar?

—Yo creo que sigues siendo una sirena.

—Oh, mi amor, qué tontería —rió ella—, las sirenas son pez de la cintura para abajo. Y yo no soy pez: soy mujer.

—Lo sé —la miró fijamente Uno.

—Lo que no sabemos es si esta cita es una trampa: quizá nos han traído aquí para disponer de nosotros con comodidad.

—Sí. Quizá vengan algunos sujetos con metralletas, para acribillarnos, como hicieron con Jacques. Mbongo.

—Me parece que somos unos imprudentes, ¿verdad?

—Eso es poca categoría: yo más bien diría que somos unos insensatos.

—Estás queriendo decir que soy una insensata.

—Y yo, un estúpido, que se pasó de listo al querer traerte a Mombia.

—Oh, no, mi amor, tú no eres un estúpido… Eres… eres…

—¿Sí? —se interesó Uno—. ¿Qué soy?

—Un ser adorable. Incluso la negrita llamada Nuna Menga se dio cuenta de ello. Era muy bonita, ¿verdad?

—Sí —sonrió Número Uno—. Me pareció una muchacha encantadora.

Brigitte se quedó mirando, fascinada como siempre que él sonreía, a Número Uno. Luego se acercó más a él, y musitó:

—¿Y yo qué te parezco?

—Nada.

—¿No te parezco nada? —exclamó Brigitte, sobresaltada.

—Nada en absoluto. Tú eres tú. ¿Por qué tengo que opinar sobre ti? Eres Brigitte, eres mi vida misma… ¿Qué puede opinar uno sobre su propia vida?

—Dios mío… Dios mío. Uno, cuánto te amo, cuánto…

* * *

Había ya anochecido, pero los dos seguían allí, esperando. Sin impaciencia, sin nerviosismo. Miraban el mar, se miraban uno al otro de cuando en cuando, y eso era todo. Los dos sabían que podían pasarse así no sólo unas cuantas horas, sino toda la vida.

Pero no fue necesario tanto. Cuando hacía quizá veinte minutos que había anochecido, Brigitte miró de pronto a Número Uno, cuyo contorno veía en la oscuridad bajo los pinos. Él también la miraba a ella, al resplandor de la luna sobre el mar.

—¿La has oído? —musitó Brigitte.

—Sí, la «Honda».

La poderosa motocicleta, de fabricación japonesa, apareció entre los pinos segundos después, ahora despacio, con aquel zumbido poderoso y elegante. Sin una sola luz. Pero, de pronto, la del faro brilló en la plateada luminosidad bajo los pinos, dando de lleno en el coche de Brigitte y Número Uno.

El motor de la «Honda» dejó de oírse. La luz se apagó. Se oyó un suave chasquido metálico, al ser colocados los patines de sustentación.

—¿Señora Coleman? —Llegó la voz.

—Aquí, Nambo.

Niango Nongasa, el muchacho que había perdido sus pantalones una semana antes de su inminente coronación, como rey, apareció en el lugar donde Brigitte y Uno esperaban, ella empuñando su pistolita, y ambos, desde luego, a cubierto de cualquier posible agresión por parte del muchacho. Agresión que, ciertamente, parecía absurda.

—No tengo armas —dijo el joven—. Y espero que ustedes ya hayan entendido mi actitud amistosa: si yo no hubiese ordenado que les avisasen para marcharse del hotel, a estas horas quizá estarían muertos… en un lamentable accidente. ¿Dónde están?

—Siéntate, Nambo.

Niango Nongasa obedeció. Luego, aparecieron Brigitte y Uno. Éste cacheó brevemente al muchacho, desde detrás de él.

—No lleva armas.

Se sentaron los dos frente a él. Los tres rostros destacaban de modo muy diferente en la oscuridad. Como manchas claras, el de Brigitte y Uno. Como un brillo intenso el de Niango Nongasa, en el cual, en cambio, destacaban más los ojos.

—¿Usted era amiga de Olingo Beze, quizá, señora Coleman?

—No le conocía. Sólo quería hablar con él sobre Okiboninga. Y pregunta por pregunta: ¿Tú eras amigo de Olingo Beze?

—Sí.

—Yo también tengo una pregunta —susurró Número Uno—. ¿Conocías a Jacques Mbongo?

—Sí, señor. Ellos dos, yo y algunos oficiales del Ejército y la Guardia estábamos unidos en esto, para evitar la guerra.

—¿Qué guerra? —Respingó Brigitte.

—Bueno, en realidad, sería solamente una invasión… Mombia tiene proyectado invadir Numbina y Zongania.

—¿Con qué objeto? Entiendo que esos dos países son muy pobres, Nambo.

—Sí Lo que mi padrastro pretende es absorberlos, y entonces, además de ampliar sus territorios, podrían explotar todas las riquezas de los tres, utilizando a los de Zongania y Numbina como… esclavos. Una esclavitud muy bien disfrazada, pero esclavitud al fin…

—¿Y tú? —susurró Brigitte—. ¿Permitirías eso, siendo rey?

—De acuerdo a los planes de Ulango, yo jamás llegaría a ser coronado rey, señora Coleman. Primero, se produciría la invasión de Numbina y Zongania, y después, yo sería asesinado, en un atentado que, lógicamente, sería atribuido a los derrotados numbinos y zonganienses. Después de esto, mi padrastro tomaría graves represalias y seguiría siendo rey, controlando los tres países… Jacques Mbongo, que trabajaba en el servicio secreto, se enteró de esto, y me avisó. No sabíamos qué hacer, pero Jacques pensó en Olingo Beze. Dijo que quizá Olingo podría enviar algunos artículos, delatando estos proyectos de mi padrastro a periódicos de Europa y América. Nos pusimos en contacto con Olingo, y él dijo que eso era muy arriesgado, pues daríamos lugar, quizá, a la

intervención de otros países y, sobre todo, era de temer que Zongania y Numbina, al enterarse de esto, iniciasen ellos la guerra, aliándose contra nosotros, e invadiendo Mombia. Pero algo había que hacer, porque Jacques Mbongo insistía en que Ulango estaba preparando la invasión… Nosotros no podíamos hacer nada. Somos muy pocos, y sólo habríamos conseguido que nos matasen, fuese como fuese. Entonces, yo tuve una… idea para evitar la invasión de Numbina y Zongania.

—¿Esa invasión se iba a llevar a cabo cruzando el Ejército de Mombia hacia Zongania y Numbina por Llanura Otimbo? —preguntó Brigitte.

—Sí… Sí, exactamente. Supongo que fue una idea estúpida, pero se me ocurrió lo del monstruo del lago Ngar. Si allá aparecía algo que atrajese la atención del mundo, la invasión se vería anulada… Yo insistí: había que llevar a Llanura Otimbo mucha gente para que los Ejércitos no pudiesen cruzarla sin ser vistos. También habrían gentes de Zongania y Numbina, pero, sobre todo, muchos periodistas, turistas… Sólo quería que esto durase una semana y pocos días más… Casi dos semanas. El tiempo necesario para que llegase el día de mi coronación. Entonces, todo riesgo de guerra habría pasado.

—Pero, los amigos de Ulango fueron a visitar a Olingo Beze, y le hicieron decir la verdad, o al menos parte de ella. Olingo delató solamente a Jacques Mbongo, según parece. Le mataron, y fueron a matar también a Mbongo. ¿No saben que tú y algunos oficiales estáis enterados de los planes de Ulango?

—Tienen dudas. Por las noches, se supone que yo me quedo en palacio, pero esos oficiales de la Guardia me ayudan a salir, sin ser visto. Tengo la moto escondida, y con ella voy a todas partes. Es muy arriesgado, porque en ocasiones me escapo cuando aún es de día, pero tengo que hacerlo. Sin embargo, ahora, me encuentro, desconcertado. Temo que me han vencido.

—¿Por qué?

—Por la maldición. Mi padrastro debe haber organizado su propia jugada, y ha conseguido que todo el mundo abandone Llanura Otimbo. Es más, creo que he empeorado la situación, porque ahora se ha declarado el estado de sitio en Llanura Otimbo, de modo que si allí hay soldados, ya no podrá sorprender a nadie.

—Eso significa que puede ir acumulando tropas en Llanura Otimbo —murmuró Brigitte—. Tropas que, en un momento dado, invadirían Numbina y Zongania. Y todo eso tiene que hacerlo incluso con precipitación, pues le has hecho perder muchos días, con Okiboninga. Debe tener muy buenos oficiales para reorganizar la invasión, adaptándose al tiempo de que disponen ahora…

—Oh, no —movió la cabeza el muchacho—. Es claro que en Mombia tenemos generales y todo, pero no nos engañemos: sus conocimientos militares son muy escasos y rudimentarios. Son generales a nivel nuestro, ¿comprende?, no a nivel occidental, por ejemplo, ni mucho menos.

—Entonces, quizá no tengan tiempo de…

Niango Nongasa volvió a mover la cabeza negativamente.

—Mi padrastro tenía previsto esto desde el principio: cuenta con mercenarios, procedentes de ejércitos europeos, que podrán adaptar perfectamente el tiempo disponible a la invasión Y mucho me temo que la están reorganizando desde esta misma mañana.

—En tal caso, quizá mañana mismo se inicie esa guerra relámpago, se lleve a cabo la invasión.

—Eso me temo, ¿usted es periodista de verdad?

—Desde luego.

—No sé… Cuando el oficial de la guardia que la introdujo a usted en la cámara real, me avisó de su visita y sus intenciones, y que Ulango le había negado la entrevista conmigo, comprendí, como ya había comprendido él, que usted no estaba de parte de Ulango. Luego, recordé el modo en que usted me venció en el apartamento de Olingo Beze, y su valor al nadar hacia Okiboninga, y pensé… No sé. Reflexioné que quizá ustedes eran amigos de Olingo, quizá también de Jacques Mbongo…

—¿Qué hacías tú en el lago, anoche? Cuando pasaste con tu motocicleta, intenté alcanzarte, pero…

Niango lanzó una exclamación:

—¿Eran ustedes los que iban en aquél coche? ¡Qué estúpido fui…! Pero no podía saberlo.

—No importa. ¿Qué hacías cerca del lago donde habita Okiboninga?

Los blancos dientes del muchacho brillaron en la oscuridad.

—Yo soy Okiboninga —dijo.

—Pues debo decirte que no me sorprende demasiado —sonrió también Brigitte—. Sé muy bien que las burbujas las hacen con tubos de aire de los que utilizan los hombres-rana, pero no consigo adivinar de qué está hecho Okiboninga.

—De cámaras de ruedas de camión, pintadas de colores reflectantes.

—Santo cielo… Mi amor —rió Brigitte—, ¿no te parece un muchacho muy inteligente? Y dime, Nambo, ¿cómo te las arreglas para que aparezcan de pronto y también de pronto se hundan?

—Conozco muy bien mi país —murmuró el muchacho—. Hasta hace un par de meses, mi fiel Singo me lo estuvo enseñando. Siempre íbamos de un lado a otro, de incógnito.

—¿Ya no?

—Murió hace un par de meses… de un accidente.

—Entiendo. Ulango lo hizo asesinar, ¿no es así?

—Desde luego —tembló de ira la voz del muchacho—. Pero de un modo u otro, le vengaré. Ulango se casó con mi madre cuando ella quedó viuda. Luego, ella murió, y yo pienso que fue también Ulango quien la envenenó… ¡Odio a Ulango tanto, que jamás podré perdonarle! Le mataré. En cuanto tenga la oportunidad.

—Explícame lo de Okiboninga, Nambo.

—Sí. Bien, junto al lago hay una caverna subterránea, que Singo me mostró hace tiempo. Los dos llegamos nadando por debajo del agua hasta esa caverna. Dentro, las aguas quedan al nivel del lago, naturalmente, pero el techo de roca es bastante alto, de modo que un hombre puede permanecer allí, sentado. Allí llevé todos los materiales para fabricar a Okiboninga. Su funcionamiento es simple: cuando las cámaras de aire están hinchadas, yo arrastro a Okiboninga por la gruta bajo la orilla del lago, y llego a éste. De las cámaras de ruedas de camión cuelgo unas piedras, que mantienen bajo la superficie a Okiboninga. Al llegar al sitio donde quiero que aparezca, dejo caer las piedras al fondo, y Okiboninga aparece inmediatamente en la superficie. Luego para hundirlo, tiro de un cordel que sujeta los tapones de las cámaras, y al quitarlos, se vacían las cámaras, y yo tiro de ellas hacia abajo y regreso nadando a la gruta, remolcando a Okiboninga, Lo dejó allí, y luego, cuando ya ha oscurecido, salgo nadando, ya sin tubos de aire, y llego a la orilla en un lugar donde hay más vegetación, de modo que nadie

puede verme salir del lago. Me pongo las ropas, y paso entre todos para llegar adonde dejo siempre la motocicleta… Y regreso a Mombiaka. Nadie nota mi ausencia, gracias a mis fieles amigos de la Guardia.

—Formidable. ¿Y qué me dices de la cabeza de Okiboninga?

—Oh, la hice yo, utilizando un tronco de palmera.

—Si no fuese por lo que puede pasar a partir de mañana, me moriría de risa —exclamó Brigitte—. Volvamos a ese asunto, pues. Los mercenarios que…

—Ésos son los que debieron torturar y matar a Olingo Beze —dijo, de pronto, Número Uno—. Luego, fueron a matar a Jacques Mbongo. No son muy listos.

—¿Por qué no son muy listos, mi amor?

—Porque habría sido mucho más inteligente capturarlo para que Jacques les dijese más cosas de las que le había dicho Olingo Beze. Pero no… Se limitaron a acribillarlo, de un modo estúpido y brutal.

—Seguramente, creyeron que con eso terminaba todo.

—Pues creyeron mal. ¿Sabes dónde están esos mercenarios? —Se dirigió Uno a Niango Nongasa.

—Sí… Pero son muchos. Yo pensé en atacarlos, pero… no dispongo de hombres suficientes, ni sabríamos cómo hacerlo.

—¿Cuántos son? —preguntó Brigitte.

—Diez o doce.

—Oh. ¿Y dónde están?

—En un yate, en el puesto deportivo de Pogo Mombiaka, esperando. El nombre del yate es Carnaval. Naturalmente, deben tener muy buenas armas, así que yo no…

—Olvida eso. Y otra cosa: ¿tu padrastro no sale nunca de palacio?

—Sí, con frecuencia.

—Muy bien custodiado, supongo.

—Sí, claro. Menos las noches que acompaña a Nuna Menga a su domicilio. Lo hace muy discretamente, de incógnito…, en un automóvil cerrado, que conduce Umo Zotingo. Ulango Taego quiere casarse con Nuna, cuando sea rey… —Niango Nongasa rió secamente—. Eso aseguraría mi venganza, si a mí me matasen.

—No te comprendo.

—Nuna Menga y Umo Zotingo se besan cuando creen que nadie

los ve…

—¿Pero tú los ves? —sonrió Brigitte.

—Los he visto varias veces. Dos de ellas, de muy cerca… Tan cerca que les oí hablar de sus proyectos: cuando Ulango fuese rey definitivamente, después de mi muerte, Nuna se casaría con él. Luego, Ulango moriría, y Nuna Menga se casaría con Umo Zotingo, así que los dos serían quienes reinasen en Mombia.

—Es decir, que la historia se repetiría, según es de rigor… —murmuró Brigitte—. Esta mañana, Nuna Menga estaba con Ulango, en palacio. ¿Crees que esta noche él la habrá acompañado en su coche a su domicilio?

—Acostumbra a hacerlo. Luego, Umo Zotingo y él regresan a palacio.

—Con todo esto que sabes, Nambo, podrías perfectamente haber denunciado a Ulango Taego de un modo que…

—No podía hacerlo hasta que fuese rey… Me habrían asesinado, y entonces, en lugar de que fuese Mombia quien invadiese Zongania y Numbina por sorpresa, estos dos países habrían declarado la guerra a Mombia, y…

—Sí, sí, está bien, es cierto… ¿Nos permites que nosotros dos conversemos unos minutos?

—Claro…

Brigitte Montfort y Número Uno comenzaron a hablar en inglés. Y en menos de un minuto, Niango Nongasa se dio cuenta de que el gigante del rostro adusto estaba por completo en desacuerdo con su bellísima esposa. Sin embargo, no discutían en voz alta, ni se excitaban. Ella decía algo, y él negaba, eso era todo.

Por fin, Número Uno se puso en pie, fue hacia el coche y Niango oyó el chasquido del cierre del portaequipajes. Segundos después, el señor Coleman regresaba, con un gran fardo en un hombro, que dejó caer ante Niango y Brigitte. Niango se quedó atónito al ver al negro. Se acercó más, y vio su boca fuertemente sellada con tiras de esparadrapo, y las manos y los pies sujetos con alambres.

—Se ha pasado casi veinticuatro horas dentro del maletero de nuestro coche… —dijo Brigitte—. Sólo habla mombiakano, y queríamos que alguien le interrogase en este idioma. ¿Se te ocurre algo que preguntarle, Nambo?

—¿Quién es?

—Un hombre-leopardo que formaba parte de la maldición.

—Entiendo… —Los ojos del muchacho se abrieron mucho—. ¿Ustedes pelearon con los hombres-leopardo… y los vencieron?

—Eran unos desdichados, que sólo dan miedo a los niños. No se nos ocurre qué hacer con él, ahora que lo sabemos todo.

Niango Nongasa arrancó las tiras de esparadrapo que sellaban la boca del hombre-leopardo, y después de que éste hubo respirado a sus anchas varias veces, comenzó a hablar con él, rápidamente. Luego, el muchacho murmuró, en francés:

—No sabe nada. Sólo obedecía órdenes de uno de sus compañeros, que ustedes mataron. Ese compañero fue quien recibió las instrucciones, pero no sabe de quién. Pero nosotros sí lo sabemos, ¿verdad?

—Sí. Este hombre, y todos los que estaban con él, son unos asesinos, unos criminales fanáticos. Me alegro de que matasen a los demás, y de buena gana mataría a éste con mis propias manos…

—Tratándose de un asesino, de un criminal que estaba dispuesto a matar a personas inocentes, voy a tener mucho gusto en evitarte esa molestia, Nambo.

Plof, chascó el disparo, que provocó una breve llamarada en la oscuridad. El hombre-leopardo gritó, Niango Nongasa respiró… y eso fue todo. Brigitte fue hacia el coche, y regresó portando lo que a Niango le pareció un portafolios o un maletín…

—¿Me prestas tu motocicleta, Nambo? —pidió.

—Sí… Oh, sí, pero…

—El señor Coleman te llevará en el coche. Él sabe todo lo que tenéis que hacer.

Brigitte Montfort se acercó al señor Coleman, musitó algo, y le besó en los labios, brevemente. Luego, con su maletín, se dirigió hacia donde Niango había dejado la «Honda». Y segundos después, partía de allí, sobre la poderosa motocicleta.

Niango se puso en pie.

—¿Adónde va? ¿Qué piensa hacer ella?

—No te preocupes.

—Pues usted parece más preocupado que yo.

En la oscuridad, aclarada por el reflejo de la luz de la luna sobre el mar, Número Uno dirigió una torva mirada al muchacho.

—No te pases de listo —masculló—; todavía no eres rey.

Ya no se oía el zumbido de la motocicleta.

Capítulo VIII

La motocicleta se detuvo entre dos coches estacionados cerca del puerto deportivo de Pogo Mombiaka, y la mujer rubia de ojos verdes colocó los soportes y, se apeó, mirando hacia las embarcaciones que estaban más cerca. Luego, balanceando graciosamente el maletín, se dirigió hacia el borde del muelle, y se dedicó a mirar los nombres de los yates allí surtos. Había más de los que parecía lógico, pero sin duda muchos turistas habían llegado a Mombia en sus propios yates, con el propósito de visitar el lago Ngar…

Tardó apenas cinco minutos en ver el yate Carnaval, de pabellón español. Lo estuvo examinando un par de minutos, mientras reflexionaba. Luego, ya sin vacilación alguna, fue hacia el yate, recorrió la blanca pasarela y llegó a la cubierta…, al mismo tiempo que un hombre aparecía y caminaba presurosamente hacia ella.

—¿Adónde va usted? —Gruñó en español, pero con un acento horrendo.

—Tiene usted un minuto para decirle al jefe de este grupo de mercenarios que me reciba —dijo la rubia, en español muchísimo más perfecto que el de aquel sujeto—. Sólo un minuto.

El hombre se quedó mirándola, estupefacto. Luego, dio media vuelta y corrió hacia el interior del yate. Reapareció tan sólo medio minuto más tarde, acompañado de otro, y ambos señalaron hacia la entrada, mirándola fijamente.

La rubia entró, caminó por el corto pasillo y llegó al *living-yacht*, donde media docena de hombres, todos de pie, clavaron en ella sus miradas, entre inquietos y amenazadores. Por el fondo, aparecieron tres más, poniéndose unas camisolas deportivas, desgreñados…

—¿Quién es usted y qué desea? —preguntó uno de los que esperaban de pie.

—Si me dice usted su nombre, conversaremos con más

comodidad —le sonrió secamente la rubia.

—Carpenter —gruñó el sujeto.

—De acuerdo, señor Carpenter. Yo soy Lili Connors, agente de la CIA. ¿Puedo sentarme? —Se dirigió hacia el diván corrido bajo el ventanal que daba a la cubierta, se sentó, colocó sobre la rectangular mesita con bebidas su maletín y lo abrió. Ante las expectantes miradas de aquellos hombres, apartó algunos objetos y alzó el doble fondo del maletín, del cual retiró un talonario de cheques. Con el bolígrafo, que extrajo del lomo de una libretita de cantos dorados, estuvo escribiendo en el cheque durante un minuto. Luego, puso todo en su sitio, cerró el maletín, y empujó el cheque hacia delante.

—Para ustedes —dijo.

El llamado Carpenter se acercó, tomó el cheque, y, después de mirarlo, lanzó una exclamación. Justificada: el cheque era por valor de un millón de dólares, pagaderos al portador en un Banco de Suiza, en una cuenta clave.

—¿Y esto qué significa? —farfulló.

—Se lo voy a decir con toda claridad, Carpenter. Sabemos perfectamente todo, lo que ustedes están preparando. Todo. Por lo tanto, no vamos a entrar en detalles sobre Llanura Otimbo, sistemas logísticos, la invasión… ¿Me comprenden?

Se miraron unos a otros. Por fin, Carpenter movió la cabeza afirmativamente, mientras se pasaba la lengua por los labios.

—La comprendemos —susurró—. Bien. Estas son nuestras condiciones… Las condiciones de la CIA, se entiende —la mirada de la rubia pareció congelarse—: ustedes harán lo que yo les diga, y luego se irán de aquí, con este cheque. No hay trampa alguna ni engaño. Les conviene aceptar.

—¿Y si no aceptamos?

Lili Connors miró incrédulamente a Carpenter.

—¿Está usted loco? —preguntó a su vez—. ¿De verdad admite la posibilidad de enfrentarse a la CIA? Escuche, Carpenter, estamos intentando arreglar este asunto de un modo que nos interesa muchísimo a los americanos, y de ahí proviene este… acuerdo. Ahora bien, si no les interesa el asunto, tendrán que atenerse a las consecuencias.

—También usted. Y está en nuestras manos.

—Es una circunstancia que ha sido prevista. Pero la CIA confía en la inteligencia de ustedes. Y en su condición de mercenarios. Han sido contratados por unas personas que jamás podrán pagarles lo ofrecido, porque la CIA ya está controlando este asunto. En cuanto a ustedes, supongo que admite que si quisiéramos perjudicarles ya estarían todos muertos, hechos pedazos. ¿Entienden esto? Pero preferimos utilizarles y pagarles. ¿Cuál es su respuesta?

Hubo un largo silencio, durante el cual, todos los reunidos volvieron a mirarse unos a otros. Por fin, Carpenter inquirió:

—¿Qué tendríamos que hacer?

—Sabemos que disponen de toda clase de armamento oculto en este yate: rifles, ametralladoras, granadas, quizá morteros… Tomen el material necesario para hacer volar un coche, posiblemente blindado, y en plena marcha, y salgan del yate. ¿Disponen de vehículos?

—Tenemos dos coches a nuestra disposición.

—Vayan a ellos, con las armas. Un coche cuya matrícula es MO-748-S, aparecerá cerca de ustedes. Sigan a ese coche. Durante el trayecto hacia Mombia, se detendrá, y un hombre saldrá de él. Es uno de mis compañeros de la CIA, encargado del siguiente contacto. Hablen con él, y les dirá exactamente lo que deben hacer. Eso es todo… Salvo una advertencia beneficiosa para ustedes: no van a ver a más agentes de la CIA, porque está bien claro que al utilizarlos a ustedes demostramos que preferimos mantenernos en la sombra. Ahora bien: tenemos casi treinta hombres preparados para afrontar cualquier eventualidad. ¿Está claro?

—Sí.

—Buena suerte. Yo les voy a estar esperando aquí, para conocer el resultado final de su operación, puesto que mi compañero se separará de ustedes en cuanto les haya dado las instrucciones. Otra cosa: su trabajo estará debidamente vigilado, así que no intenten engañarme, ya que mis compañeros y yo estamos en contacto por radio… ¿Quieren que se lo demuestre?

—Sí.

Lili Connors no se inmutó. Abrió el maletín y sacó la radio del bolsillo camuflada en una radio a transistores. Apretó un botón.

—¿Uno?

—Dime.

—Van a salir. El jefe se llama Carpenter. Avisa a los demás puntos de control.

—Bien. ¿Algún problema?

—Por mi parte, no, según parece. Es todo.

Cerró la radio y se quedó mirando a Carpenter. Éste asintió y murmuró:

—Dos de nosotros nos quedaremos con usted. ¿Puede ser?

—Ningún inconveniente —aceptó Lili Connors.

Cinco minutos más tarde, los mercenarios, excepto dos de ellos, abandonaban el yate, portando paquetes, estuches de instrumentos musicales, cajas… Lili Connors miró su relojito. Luego, a los dos mercenarios que se habían quedado con ella, y que, ambos de pie, la miraban fijamente, con evidente hostilidad.

—Tómenselo con filosofía —sonrió secamente la espía—. Al fin y al cabo, ustedes son mercenarios que trabajan para quien mejor les paga. ¿No es así?

—Usted no es quien mejor nos paga… —Gruñó uno de ellos—. Íbamos a ganar más dirigiendo el ejército mombiakano por Llanura Otimbo… Bastante más.

—Al parecer —replicó ella fríamente—, ustedes no tienen en cuenta el magnífico precio ofrecido por la CIA: un millón de dólares… y sus vidas. ¿No les parece suficiente?

Los dos mercenarios palidecieron. Uno de ellos se sentó cerca de Lili, tomó una botella y bebió un largo trago directamente. El otro ocupó una pequeña butaca, y, ostensiblemente, sacó su pistola, que, tras examinar con cierto aire irónico, metió entre su cinturón y la camisa. Lili Connors, que le contemplaba amablemente, se limitó a sonreír con visible indulgencia.

Luego, se dedicó a pensar en Número Uno y su parte en el trabajo: auxiliado por Niango Nongasa, debía conducir a los mercenarios hacia la carretera por la cual regresaría Ulango Taego a palacio, después de haber dejado a la bella Nuna Menga en su domicilio. Sabía que las instrucciones de Uno serían precisas, perfectas… No había peligro de fallo por su parte.

Se recreó pensando en el futuro de Mombia si las personas que se oponían a Niango Nongasa desaparecían. Seguramente, Mombia sería un país tranquilo, pacífico, que iría progresando hacia una vida mejor para todos. Sí, así sería, porque Niango Nongasa era un

muchacho muy inteligente, culto, con gran sentido del humor y del valor. Para un pueblo que hacía pocos años había irrumpido en la independencia, un rey así, también ingenuo, pero lleno de buenos deseos, de sinceridad, de amor por su país, era el más adecuado. Y además, ella, la agente Baby se iba a encargar de que Niango Nongasa tuviese asesores políticos y económicos de los mejores. El muchacho no sabría de dónde venían ni por qué querían ayudarle, pero los tendría…

Volvió a mirar su relojito.

¿A qué hora abandonaría Ulango Taego el domicilio de Nuna Menga, acompañado de su fiel Umo Zotingo?

* * *

Umo Zotingo, al volante, volvió la cabeza un instante hacia Ulango Taego, que viajaba a su lado.

—Carpenter está esperando instrucciones en el yate —dijo—. Y creo que ha llegado el momento, Ulango.

—Sí… Tenemos ya un contingente de tropas en el lago Ngar. En realidad, todo esto ha facilitado las cosas. Esta misma noche irás a darle las últimas instrucciones. Él y sus amigos deben ponerse en marcha inmediatamente hacia Llanura Otimbo. Por la mañana, tomarán el mando de las tropas que se irán acumulando allí… Y al amanecer del día siguiente, pueden haber cruzado las fronteras.

—Son gente muy competente… —asintió Umo Zotingo—. Antes de una semana, Zongania y Numbina estarán bajo nuestro control.

—Y antes de una semana, Niango debe haber muerto…, asesinado por patriotas de Zongania y Numbina —Ulango Taego se echó a reír—. ¡Ni siquiera Okiboninga lo habría podido impedir!

—Lo curioso de todo esto —sonrió Zotingo— es que Okiboninga existe… Bueno, entiéndeme: quiero decir que no se trata de una leyenda, sino de algo real… Debe haber sido algún truco, pero Okiboninga existe. Y me gustaría saber quién lo ha… creado.

—¿Qué nos importa eso? —Ulango suspiró, y entornó los ojos—. Lo que importa es el momento final. Y luego… mi boda con Nuna… Rey de tres países, que serán uno solo… Miles de esclavos trabajando para mí. Dentro de unos años…

Tuvieron tiempo de darse cuenta de que morían.

Primero vieron el gran resplandor de color rojo anaranjado, y al instante oyeron la tremenda explosión, que elevó el coche un poco al mismo tiempo que todos los cristales saltaban hechos añicos, convertidos en miles de refulgentes gemas de color rojo, que los acribillaron…

Pero tuvieron tiempo de darse cuenta de que morían.

El coche se elevó, dio unas vueltas, cayó, rebotó envuelto en llamas, pero todavía Umo Zotingo y Ulango Taego estuvieron quizá un segundo viendo los giros que la negra noche efectuaba a su alrededor, llena de puntos rojos, de llamaradas… Y oyeron los impactos de las balas en la carrocería, y casi, casi, vivieron lo suficiente para captar la siguiente explosión, que destrozó por completo el llameante vehículo…

Fue un segundo.

Quizá menos.

Pero sí, tuvieron tiempo de darse cuenta de que morían…

* * *

Bip-bip-bip-bip…, sonó la radio.

Lili Connors admitió rápidamente la llamada.

—¿Sí?

—Lo han hecho. Van para allí.

—Bien. Hasta luego.

Cerró la radio, y miró a los dos expectantes mercenarios, qué tenían la mirada fija en ella.

—Felicidades —sonrió Lili—: sus compañeros han sabido hacer el trabajo.

—¿Y ahora?

—Ahora, sencillamente, yo me voy, y ustedes se quedan con su millón de dólares y sus vidas. Y con una advertencia, márchense de Mombia inmediatamente, y olviden este asunto. ¿Está claro?

—Usted no se va —dijo el que había sacado la pistola, empuñándola y apuntándola—. Ya veremos qué dice Carpenter.

Lili Connors frunció el ceño y caminó hacia el mercenario.

—Escuche, lo que diga Carpenter…

—Quieta ahí… —Adelantó la mano armada el mercenario—. Y vamos a hacer algo que ya deberíamos haber hecho desde el

principio… Talug, regístrala.

El otro asintió y se acercó sonriendo a Lili Connors, que le miró con irritación.

—No me ponga las manos encima —advirtió secamente.

—Vamos, déjese de tonterías —rió Talug—. Levante los brazos y permanezca de frente a Kiwitz, mientras yo la registro. Si todo va bien, no tiene por qué temer nada. Pero estoy seguro de que Carpenter querrá asegurarse de eso llevándola con nosotros, hasta que estemos a salvo. Levante los brazos, o…

Lili Connors quedó de frente a Kiwitz, con los brazos en alto. Talug pasó las manos por su espalda, incluso por los sitios donde en modo alguno podía haber oculta un arma. Luego, pasó las manos por los hombros femeninos, siguió hacia delante, metió una en el escote…

Era la postura ideal para el *ippon seoi nage*.

Lili Connors cerró su brazo derecho, aprisionando con la cara interna del codo el brazo del mismo lado de Talug. Al mismo tiempo, echaba la cadera hacia la derecha, se inclinaba con fuerza hacia delante, tras sujetar con la mano izquierda la derecha del mercenario…, y éste salió disparado por encima de su hombro, lanzando un grito agudo, ante la velocísima acción de la rubia de los ojos verdes.

Kiwitz disparó por reflejo, pero lo hizo cuando ya Talug volaba hacia él, con tan mala fortuna, que la bala le alcanzó en la cabeza, reventándosela. Un instante después, el cadáver de Talug caía sobre Kiwitz, derribándolo con butaca y todo. Kiwitz rodó por el suelo, se apartó del cadáver de Talug, puso una rodilla en tierra, buscó a Lili Connors con la mirada…

Ella ya había sacado la pistolita del escote. Y cuando Kiwitz la vio, vio también aquellos ojos verdes que parecían de hielo…

Vio el pequeño fogonazo. Y oyó el suave chasquido: plof.

Eso fue todo.

Lili Connors estuvo mirando de uno a otro durante unos segundos, antes de comenzar a moverse para realizar la última parte de su intervención en aquel asunto que estaba terminando…

Salió del yate siete minutos más tarde, corrió hacia la «Honda», saltó sobre ella y partió de allí, bellísima, admirable sobre la poderosa máquina de elegantísimo zumbido.

Tardó menos de cuatro minutos en dejar atrás Pogo Mombiaka, enfilando la carretera que la unía con la capital, Mombiaka. Entonces, se salió de la carretera, apagó las luces y el motor, y se dispuso a esperar.

Ni siquiera tuvo que esperar cinco minutos. Primero, pasaron los dos coches hacia Pogo Mombiaka. Un minuto más tarde, vio las luces de otro, también en esa dirección, y lanzó una señal con el faro de la «Honda». Desde el coche llegó una señal idéntica. Luego, tres brevísimas ráfagas más de luz. Después, desaparecieron todas las luces de aquel coche.

Lili puso de nuevo en marcha la motocicleta, y en pocos segundos llegó adonde el coche se había detenido, en el arcén. Apuntaló la «Honda», y se dirigió hacia el coche, con su maletín. Se sentó en el asiento contiguo al volante, delante del cual Número Uno aparecía impasible, como si fuese de verdad de piedra.

—Ya ves que estoy bien —sonrió ella—, así que no pongas esa cara.

—No pongo ninguna cara —replicó Uno.

Ella le besó en los labios, sonriendo dulcemente. Luego, se volvió hacia el asiento de atrás, desde donde Niango Nongasa les miraba a los dos, todavía aterrado por la actuación de los mercenarios, que había presenciado en compañía del señor Coleman desde lugar seguro.

—¿Puede perder todavía unos minutos, majestad? —le sonrió la reina del espionaje.

—Sí. No sé. Sí, claro…

—No serán más de veinte, según calculo. Mientras tanto; es posible que una conversación entre nosotros me ayudase mucho a escribir un artículo que hará la felicidad de mi jefe en el Morning Netos, de Nueva York. ¿Es posible, majestad?

—¿Por qué me llama majestad, ahora? Yo prefiero…

—El rey ha muerto… —susurró Lili Connors—. ¡Viva el rey! Antes, Su Majestad era un muchacho llamado Nambo, al que llegué a ver sin pantalones. Ahora, ya es rey.

—¿Y usted…, usted qué es…? ¿Que son ustedes?

—¿Nosotros? —se sorprendió la rubia, quitándose la peluca de modo que volvió a lucir su magnífica cabellera negra—. Es una pregunta interesante… ¿Qué somos nosotros, mi amor?

—Nosotros —murmuro Uno— somos tú y yo. Eso es todo.

—Espero que a Su Majestad le resulte esa respuesta tan clara como a mí. Bien, mientras pasan esos veinte minutos, Majestad, ¿podría decirme qué proyectos…?

Llevaban casi veinte minutos de conversación, dirigida en todo momento por la mejor espía del mundo y Premio Pulitzer de periodismo, cuando, hacia Pogo Mombiaka, apareció un gran resplandor, rojo, muy brillante que, durante unos segundos, iluminó, tiñó el cielo de rojo… Y casi en seguida, llegó a sus oídos la potente explosión.

—¿Qué…, qué ha sido eso? —musitó Niango Nongasa.

—Oh… —sonrió la señora Coleman—. Nada importante, Majestad. Seguramente, los mercenarios no sabían manejar adecuadamente el yate. O bien, al encontrar en mal estado a dos amigos suyos, se han precipitado tanto en escapar que… las calderas del yate han explotado.

—¿Las calderas del yate…? ¡Pero un yate no lleva calderas!

La señora Coleman quedó sorprendidísima, y luego muy pensativa, antes de murmurar, con el tono más inocente del mundo:

—Pues entonces, no me explicó qué ha podido pasar en ese yate, la verdad, Majestad…

Este es el final

—¿Y qué más? —se excitó Frank Minello—… ¿Qué más, qué más, qué más…?

—Zambomba, Frankie…, ¿aún quieres que pasasen más cosas? Pues bien, Uno y yo estuvimos en Mombia hasta la coronación, en una cabaña de un village, cerca de la playa. Una playa de aguas, muy azules y transparentes, centelleando bajo el sol… Ah, claro, también tomamos las fotografías que Miky está mirando ahora… ¿Qué le parece el material que le he traído, Miky?

Miky Grogan, director del Morning News, y por tanto jefe, pero sobre todo uno de los más queridos amigos de Brigitte Montfort, alzó la cabeza. Estaba estupefacto. Tanto, que tardó varios segundos en encontrar algunas palabras balbuceantes.

—Pero esto…, esto es fabuloso… No sólo trae usted un reportaje en exclusiva con ese joven rey, sino fotografías de ese monstruo, que nadie podrá conseguir jamás… El mejor artículo que podría soñar… Es fantástico, fabuloso… ¡Santo cielo, si hasta tiene unas cuantas fotografías con el Obik… Okabino…!

—Okiboninga… —rió Brigitte—. Pero nos hicimos tan amigos últimamente, que acabé por llamarle Oki, a secas. Eso sólo se lo permite a los amigos.

Grogan miró una vez más la fotografía en la qué la periodista norteamericana, señorita Montfort, aparecía en las aguas del lago Ngar, junto a Okiboninga, pasándole un brazo en torno al largo cuello, y mirando hacia su cabeza de caballito de mar, muy sonriente.

—Es la historia más fantástica de que tengo noticia —sonrió de pronto Grogan—. ¡El Morning News, una vez más, se alzará con el mayor de los triunfos periodísticos!

—Hay un triunfo mejor que ése —murmuró Brigitte—. Pero no lo publicaremos, Miky.

—¿Por qué no? —Respingó Grogan—. ¿Y qué triunfo es ése?

—Un país en paz. No hubo invasión, no hubo guerras, no hubo matanza…

—Y todo —dijo Minello, mirando embobado a Brigitte; que parecía una reina, sentada en el centro del sofá de su apartamento en Nueva York—, todo, todo, todo, gracias a ti, Reina del Amor.

—Gracias a mí, no. Al menos, no lo hice yo sola… Digamos que el protagonista ha sido el monstruo del lago Ngar, mi simpático amiguito Oki…

FIN